

herido, se quitó las ropas con las insignias del mando y se las puso a un soldado, a fin de que los indios no se dieran cuenta de que había caído el Capitán. Los hombres de Oñate recogieron al Conquistador hecho pedazos, echando sangre por la boca. Le preguntaron qué le dolía y dijo: "El alma; llévenme a donde la cure con la resina de la penitencia..." Poco después murió en Guadalajara, el extraordinario caudillo. La sublevación concluyó con la llegada del Virrey Mendoza, al frente de un ejército. En la represión, un hombre tan humano como era Mendoza, tuvo que recurrir a procedimientos brutales. Y fué ésta la más seria de todas las insurrecciones ocurridas después de la conquista, y la última importante.

De regreso de Compostela, hasta donde llegó en misión pacificadora el Virrey fundó la ciudad de Valladolid, hoy Morelia.

Con los buques de Alvarado organizó Mendoza una exploración por el Pacífico. La mandó Juan Rodríguez Cabrillo que, rodeando la península de la Baja California, puso a uno de los cabos de la costa, el Cabo Mendocino, en honor del Virrey. Siguió adelante hasta lo que hoy es San Diego de California y regresó a Nueva España en abril de 1543.

Por tierra y por mar avanzaba, según se ve, el ansia de posesión y descubrimiento de los españoles. Nunca hubo años más fecundos para la geografía del planeta.

### EL TRATO A LOS INDIOS

La Administración también mejoraba. A poco de haber regresado Mendoza de la Nueva Galicia, llegó a México el licenciado Tello de Sandoval, como Visitador y encargado de promulgar las Nuevas Leyes sobre libertad y buen trato de los indios. Ya el Papa Paulo Tercero, en su Bula de 1537, había reconocido la personalidad de los indios, al declararlos aptos para recibir los sacramentos, entre ellos el matrimonio con españoles. Las consecuencias de esta disposición fueron trascendentales, pues dejaban legalizado el mestizaje. Y con ello se evitó que en el mundo español se produjese un sistema de se-

paración de castas, como el que aun tiene divididos a los anglosajones en el Norte. Las Nuevas Leyes que promulgó Tello eran el resultado de las gestiones hechas por los misioneros, en defensa de los indios. Fray Antonio de Montesinos, desde que el hijo de Colón creó el sistema de repartimientos de indios en Santo Domingo, se había pronunciado en contra. Y un célebre sermón que pronunciara contra los abusos de los conquistadores, se hizo bandera de los partidarios del trato humano para los naturales. Las Nuevas Leyes, dadas en Barcelona el 20 de noviembre de 1542, prohibían que se les vendiese o se les impusiesen trabajos penosos, contrarios a la salud; establecían pena de muerte para el que llevase indios contra su voluntad a la pesca de perlas. Y prevenían que se moderasen los repartimientos ya existentes y que no se hiciesen más en el futuro. A los indios que los conquistadores habían llevado a España se les dió permiso de regresar.

Encontraron estas leyes gran oposición en México, donde el partido de los encomenderos era poderoso; las mismas órdenes religiosas vacilaron ante el disgusto general de los propietarios, pero la lucha continuó empeñada. Mendoza procuró mediar. Y en defensa abierta de los indios, surgieron religiosos como el famoso Padre Las Casas que malquistándose con todo el mundo, dedicó su vida a la pelea por las garantías del indio.

### LA CONQUISTA DE LA OCEANIA

La última y la más trascendental de las expediciones marítimas de Mendoza fué la que envió a "descubrir por el Pacífico", a cargo de Ruy López de Villalobos. Se descubrieron entonces las islas de Santo Tomás y la Nublada, el Archipiélago del Coral, el grupo de Los Jardines y la isla de Nutalites, los arrecifes y la isla grande a que pusieron por nombre Cesárea Karoli. La armada de Ruy López se perdió, pero dejó abierto el camino de Filipinas.

La situación caótica que se había creado en el Perú, obligó al Monarca español a echar mano de su mejor hombre de gobierno y, en consecuencia, invitó a Mendoza a que se trasla-

dara como Virrey a Lima, pero dejando a su elección el permanecer en México si lo prefería. Grande en todo, Mendoza eligió el puesto más difícil y marchó al Perú.

Dejaba a México constituido, pacificado, dotado de caminos. A la ciudad le dió puentes y alcantarillado. Y por la extensión del territorio, el número de sus pueblos y sus ventajas de todo género, el México de Mendoza quedó establecido como la mayor nación del Nuevo Mundo.

Después de la gran tarea de Hernán Cortés, sólo un hombre como Mendoza podía sucederle sin opacarse. La ascensión de la Nueva España era imponente. Muy pronto México fué el centro del comercio de los navios que llegaban del Asia. Y la Nueva España se convirtió en uno de los ejes del tránsito del mundo.

En toda la historia de México, seguramente no ha habido un gobernante más probo, más esforzado, más capaz, más ilustre que Don Antonio de Mendoza, primer Virrey de la Nueva España.

### *DON LUIS DE VELASCO*

Afortunados fueron los comienzos de la administración colonial. Después de Mendoza, otro gran gobernante llegó a México en la persona de Don Luis de Velasco, de alto linaje castellano. En noviembre de 1551 tomó posesión de su cargo. Y su primer decreto fué para la liberación de los indios que, especialmente en las minas, eran tratados con extremada dureza. Con más energía que Mendoza se propuso Velasco llevar adelante las Nuevas Leyes. Se calcula que ciento sesenta mil indios quedaron libres a consecuencia de las primeras medidas adoptadas por el Segundo Virrey de Nueva España. Y a los que le censuraban, dedicó la célebre respuesta: "Más importa la libertad de los indios que todas las minas del mundo".

El impulso dado a la administración por su antecesor, fué continuado por Velasco. En 1553 quedó inaugurada la Universidad.

Para la protección de los caminos, infestados de bandole-

ros, se creó el cuerpo rural llamado de la Santa Hermandad, que más tarde se llamó La Acordada por el nombre del edificio en que se estableciera.

Sufrió la capital una grave inundación y Velasco hizo construir una albarrada que la protegiese de nuevos peligros.

Fundó Velasco en 1555 los minerales de Ixtlahuaca y San Miguel el Grande de Guanajuato.

Y una de las mayores glorias de la administración de Velasco y honra de México, fué que en 1564, el capitán Don Miguel López de Legaspi descubrió unas islas extensas y fértiles que habían pertenecido en un tiempo al Reino de China y les puso por nombre "Islas Filipinas", en honor de Felipe Segundo, que acababa de ascender al trono. Se estableció en las islas capitania independiente en Manila, pero comercialmente, y también durante mucho tiempo, culturalmente, las Filipinas fueron dependencia de México.

El 31 de julio de 1564 murió don Luis de Velasco, apellidado por la nación Padre de la Patria. Cuatro Obispos condujeron su cadáver a la Iglesia de Santo Domingo, en donde se le dió sepultura. Y el Cabildo mandó decir al Rey: "Ha causado pena su muerte en toda la Nueva España, porque con la larga experiencia que tenía, gobernaba con tanta rectitud y prudencia, sin hacer agravio a ninguno, que todos le teníamos en lugar de padre".

### *DE LA LIBERTAD AL DESPOTISMO*

Fué una desgracia para la América que no se hubiesen acabado de constituir en naciones los diversos territorios conquistados, en la época en que España disfrutaba de instituciones liberales y producía hombres de rectitud ejemplar y de carácter independiente, disposición generosa. La derrota de los Comunes, que en España luchaban por la defensa de las instituciones democráticas tradicionales, trajo consigo la degeneración en los sistemas de gobierno. La conquista y exploración de América la hicieron hombres que no tenían que consultar sino a sus propios medios y facultades. En lo de adelante, a medida que

la administración se centralizaba y según pasaba el mando de los municipios libremente electos a los delegados, los capitanes generales, los oficiales de la Corona, todo el gran empuje primitivo se vería estorbado, desvirtuado.

Carlos Quinto, que fué un tonto y un culpable, murió el 21 de septiembre de 1558. Antes había abdicado en favor de su hijo Felipe Segundo, de veinte años de edad. Esta abdicación es sin duda lo mejor que hizo en su vida el Emperador afortunado; afortunado porque tuvo Corteses y Pizarros que le dieron reinos. Y fué su abdicación el acto más notable de toda su vida, no porque lo mejorara quien lo sucedía, sino por el sentido místico que lo movió a dejar el poder que a otros embriaga y la gloria que es deleznable. Retirado del mando pasó sus dos últimos años en el Monasterio de Yuste, de los monjes Jerónimos. La América le debe a Carlos Quinto cierta buena disposición para hacer justicia y el haber mandado a los mejores hombres de su época al gobierno de las nuevas provincias. Pero nunca se dió cuenta el Monarca de lo que iba a significar el Nuevo Mundo para España. Se mantuvo preocupado por la política de rivalidades europeas y no fué él sino el genio de sus vasallos, lo que produjo el fenómeno inaudito de la conquista, exploración y población de todo un Continente, en un período de poco menos de cincuenta años.

Felipe Segundo fué jurado Rey en México el 6 de junio de 1557. Había de ser amo terrible, pero, no obstante, justiciero. El mayor cargo que se le debe hacer es cargo que abarca a todo despotismo, a todo gobierno personal. Era demasiado vasto el reino para que todo estuviese pendiente de la orden, del trámite de una sola voluntad, una sola cabeza. Una voluntad férrea pero una cabeza mediocre, eso era Felipe II.

Célebre es la frase de Felipe Segundo que refleja su carácter. A la muerte de Velasco había quedado gobernando a México una Audiencia. Las disputas de esta Audiencia con motivo de una conjuración en que se vieron envueltos los descendientes de Cortés, determinó que Felipe mandase un tribunal de que formaba parte un tal Muñoz. Cometió Muñoz una serie de atropellos y asesinatos, hizo construir calabozos, dejó sentir

por primera vez los horrores de la tiranía. El Virrey en persona se dirigió a Madrid a exponer las quejas del caso. En el mismo barco salió Muñoz para España. Recibidos ambos por Felipe, al Virrey le hizo justicia; al otro le dijo: "Os mandé a gobernar, no a destruir". La frase no sólo pinta la afectación de Felipe; indicó también lo que serían su régimen y los regímenes futuros, un doloroso fracaso, pues no se puede gobernar sin apego a leyes, a instituciones. Y desde que hay Monarca absoluto, sus delegados son también absolutos, y el último gendarme es absoluto. Y esto ya no es gobierno, es destrucción.

### *EL CONFLICTO CON INGLATERRA*

Y a la vez que en España se consolidaba el despotismo, sobre la sangre aun caliente de los comuneros, y a medida que la administración se hacía lenta y formalista, en Inglaterra, un gran pueblo, parecido al español en el empuje, se desbordaba por los mares, ávido de botín, ya que llegaba un poco tarde para ganar las mejores tierras y no tenía tampoco el genio de los exploradores y conquistadores españoles. Pero hombres libres, los súbditos de Isabel de Inglaterra crearon un Imperio, como antes lo hicieran los de España.

Además, por el fondo de la gran pugna internacional se desarrollaba una lucha de religión. España representaba el catolicismo más intransigente, el único que tomó en serio la Inquisición, y la Inglaterra de Isabel acaudilló la causa del protestantismo más intolerante, el que produjo sectas tristes como la de los puritanos, exaltadas como los cuáqueros, proselitarias como la de los metodistas.

En lo de adelante, el Nuevo Mundo estaría también dividido, según las dos influencias rivales: el Catolicismo y la Reforma. Los piratas ingleses, aun sin saberlo y muchas veces sabiéndolo peleaban por la Reforma. Los capitanes de España eran paladines de la Iglesia. La lucha comenzó con los primeros saqueos de los puertos de Tierra Firme, el "mainland" español. La pelea tuvo un gran preludeo espectacular en la derrota de la Invencible. Desde entonces el mar ya no fué español, dejó de ser

portugués, y comenzó a ser inglés. Y el destino de América quedó marcado. España en decadencia lenta, llegaría a no poder protegernos, a no poder gobernarnos, y entonces estas naciones entrarían en componendas de traición con el inglés, soñando hacerse libres. Por desesperación del desgobierno español caeríamos en tutelajes nuevos y surgiría el monroísmo; y México quedaría deshecho; Cuba con Puerto Rico serían presa del imperialismo nuevo. Todo comenzó con el desastre de la Invenible, pero más bien visto hay que decir que comenzó con la derrota de los Comuneros. Pues la España democrática, la castellana de rancios fueros, derrotó a los moros y ocupó el Nuevo Mundo a pesar de los reyes. ¡Más tarde, todo se perdió por causa del despotismo y la imbecilidad de los Reyes!

En Inglaterra el proceso interior fué siendo inverso. De Isabel a la Reina Victoria, las instituciones fueron liberalizándose. Y el inglés llegó a ser lo que en su buena época fuera el español; señor dondequiera que se hallase, o "vasallo libre" como se dijo cuando la libertad se mandó hacer extensiva aun a los indios. Perdieron los españoles sus libertades y en la pugna de la historia son los pueblos de más coherente y libre ciudadanía, los que se imponen, lo mismo en la era de Roma que en la era de Isabel o en la era actual.

### *LA COLONIA BAJO EL DESPOTISMO*

El primer obsequio de Felipe Segundo a la Nueva España fué el Tribunal de la Inquisición que vino a entenebrecer el ambiente ya entristecido por la convivencia de indios y blancos, miserables y poderosos. ¡En vez del catolicismo piadoso, alegre, fecundo de los primeros franciscanos y de los carmelitas y aun de dominicos como Las Casas, un catolicismo de Tribunal, una fe que se defiende con el terror!

Los gérmenes de la descomposición fueron desarrollándose lentamente: mientras tanto, era tan prodigioso el esfuerzo inicial, que todavía pudo México mantenerse a la cabeza del Nuevo Mundo durante los siglos diecisiete y dieciocho.

Uno de los primeros Virreyes de Felipe Segundo, Don

Martín Enríquez de Almanza, hizo desalojar a los corsarios ingleses que se habían apoderado de la isla de Sacrificios, frente a Veracruz. Y continuó la obra de expansión tan brillantemente comenzada por sus predecesores. La más fecunda de las exploraciones de esta época fué la de Francisco de Ibarra, que partiendo de la Nueva Vizcaya o sea Durango, fundó los reales de minas de Indé, Cuencamé, Santa Bárbara y San Juan. En seguida, en 1569, estableció el Presidio de Chihuahua. Atravesando en otra expedición la sierra de Topia, fundó San Juan Bautista a las márgenes del río Fuerte, en Sinaloa, y la villa de San Sebastián, cerca de Chiametla.

Fué Francisco de Ibarra, dice la crónica de Tello, citada por Pereyra, honradísimo caballero, muy dadivoso y afable, particularmente con sus soldados, entre quienes repartió todos los pueblos de indios y con los que fueron a poblar la Vizcaya, sin quedarse con ninguna cosa. Las fundaciones de Ibarra se extendieron por el Oriente hasta Saltillo y por el Noroeste hasta Sonora.

Por el centro del país, el capitán Luis de Carbajal, primer Gobernador de Nuevo León, recibió el encargo de crear su reino con doscientas leguas de largo y doscientas de ancho, al Oriente y Norte de Nueva Galicia, y al Poniente de la provincia de Pánuco. Los sucesores de Carbajal establecieron de modo definitivo aquella gobernación nominal, fundando a Monterrey en 1596. A fines del siglo dieciséis, dice Pereyra, había poblaciones en toda la extensa línea que hoy sigue el Ferrocarril de México a Laredo, siendo las principales: San Luis Potosí, Charcas, El Venado y Matehuala. En muchas de estas fundaciones, la población era mitad de españoles y mitad de tlaxcaltecas, a quienes se trataba como a españoles, pues se les distribuían solares, agua, semillas y acémilas para el trabajo del campo.

En la Metrópoli, Felipe Segundo quiso iniciar su reinado con alguna empresa digna de recordación y, al efecto, comenzó los preparativos para la conquista de la Florida. Poco antes, el conquistador Hernando de Soto había salido con ese fin de España con cerca de mil hombres y Felipe II previno al Virrey de México que organizase para que partiese de Veracruz. Sa-



lió De Soto, de San Lúcar de Barrameda el 6 de abril de 1538. Una de las naves de su escuadra se llamaba la Nueva España. Al llegar a La Habana encontró De Soto la ciudad recién saqueada por los franceses y se detuvo a construir un fuerte. Sus navíos, entretanto, practicaron reconocimientos en las costas y, por fin, el 12 de mayo de 1539, se embarcó De Soto en La Habana con trescientos caballos y quinientos infantes. Cuatro años duró aquella gente en Florida, combatiendo incesantemente y sin poder fundar villa alguna. Hernando de Soto murió en 1543. En cambio, la expedición que fué de México, haciéndose a la vela en 11 de junio de 1559, llegó en agosto a las costas de la Península y fundó a Santa María de Filipinas. Don Tristán de Luna mandó esta expedición que colocaba a la Nueva España en papel de propagandista de la cultura.

No habían transcurrido cincuenta años después de la conquista, y ya nuestro país ganaba territorios. Los historiadores de nuestro siglo independiente, contagiados casi todos por las hipócritas acusaciones del extranjero, se detienen a cada paso a hablar de si se trataba bien o mal a los indios, como si la misma República no hubiese sido verdugo de sus hijos, pero nadie recuerda hazañas como la de las Filipinas y como la de la Florida, que debieran ser conmemoradas anualmente.

De los Virreyes que nombró Felipe Segundo, dos fueron distinguidos: Don Luis de Velasco, hijo del Segundo Virrey y que continuó la obra de colonización por el Norte del país, y Don Gaspar de Zúñiga y Acevedo, que mandó a Sebastián Vizcaíno para que tomara posesión de las costas de la Alta California y fundó el puerto californiano de Monterrey, en honor de Zúñiga, que era Conde de Monterrey.

Desgraciadamente ya no traían los virreyes las facultades necesarias. Felipe Segundo, celoso de mando, no dejaba gobernar. Y lo que pedía a las Colonias era tributos para sus guerras de Europa y sus manías de constructor. Aun esto último nos fué favorable, pues también a México llegó el estilo herreriano, derivado de Herrera, el arquitecto del Escorial, un estilo sobrio, fuerte, hermoso, característico del alma austera de España. Corresponde a esta época el comienzo de las grandes construccio-

nes que todavía honran a nuestra capital. Se puso la primera piedra de la Catedral en 1573 y tardó un siglo en construirse, pero es todavía la primera Iglesia del Continente. El segundo Virrey Velasco fundó la Alameda. Y en 1590 se establecieron las primeras fábricas de tejidos, mucho antes de que hubiera industria en Norteamérica.

A la muerte de Felipe Segundo, en 1598, el imperio español llegaba a su apogeo, porque recogía el fruto de anteriores generaciones más esforzadas. Los métodos de Felipe Segundo habían ya envenenado el ambiente. Y tanto España como las Colonias, empezaron a vivir tristes.

No es posible olvidar, sin embargo, lo más grande que hizo Felipe Segundo: sumar Portugal a España. La nación latina a que pertenecemos, tuvo entonces la gloria de poseer el primer reino en que no se ponía el sol y México halló lugar distinguido entre los territorios de la primera nación de la tierra de entonces.



**EL SIGLO DIECISIETE**



Muy importante en el desarrollo de México fué este siglo, pero el historiador que lo contemple a distancia, tiene que entristecerse de considerar que si la Nueva España adelantaba, la Metrópoli por la misma época, entró en decadencia.

El problema de la sucesión al trono, que es el castigo del régimen monárquico, se resolvió durante todo este siglo y los siguientes, en la peor forma posible. Para tener idea de lo que ocurría en el gobierno de las colonias, es preciso pasar breve revista de lo que ocurría en España. Muerto Felipe Segundo, su heredero Felipe Tercero, casi un imbécil, incapaz de gobernar por sí, como mal que bien lo hacía su padre, entregó el poder a Ministros de corta categoría humana. El cuerpo burocrático, acostumbrado por Felipe a recibir órdenes para los asuntos más pequeños, había perdido toda iniciativa. La religión, que había sido impulso creador, bajo Isabel la Católica, bajo Carlos Quinto y bajo Hernán Cortés, con la Inquisición y la tiranía de Felipe Segundo, se había convertido en policía y en rito. Las guerras de los Países Bajos consumían los recursos de España y de las Colonias. La escuadra estaba abandonada en beneficio de los piratas de Inglaterra, de Holanda y Francia. Y el nuevo Rey no tenía siquiera el don que tuvo Carlos Quinto, de hallar hombres de genio para encomendarles el gobierno.

Las Cortes representativas habían desaparecido, sustituidas por Consejos que nombraba el Monarca mismo y le eran serviles. En consecuencia, los mejores hombres se alejaban de la administración.

Cedidos los Países Bajos, hecha la paz con Inglaterra, pudo dedicarse la Corte a gastar en festejos los caudales de América. Y el disgusto contra el gobierno empezó a ser tan grande que, el Padre jesuíta Mariana, publicó una discusión atrevida, sobre

fundamentos de la institución Real, llegando hasta sugerir la legitimidad del regicidio en casos de excepción. Duró veintitrés años Felipe III. A los diecisiete años de edad entró a gobernar Felipe IV, el Rey que pintó Velázquez. Rodearse de literatos y artistas fué lo único bueno que hizo este Rey. Pero periodos de florecimiento espiritual como el siglo de oro español, como el siglo dieciocho francés, no dependen del régimen monárquico; se producen como consecuencia de una era de paz y prosperidad y como brotes de la misma savia que engendró la libertad en generaciones anteriores. El esplendor intelectual viene después de las grandes hazañas épicas. Y generalmente porque llega tarde, se encuentra con una condición ya decaída en lo político. De allí el contraste de un grupo de genios que tienen que tolerar una Corte depravada e imbécil, o tienen que insurgirse contra ella, como tantos hombres de letras lo hacen en todas las épocas. Nada dice, pues, en favor de Felipe Cuarto, el hecho de que su reino coincidiera con Lope de Vega y Calderón, con Murillo y Velázquez, con Góngora y Cervantes.

Lo que la Monarquía de por sí hizo, mientras los hombres de espíritu daban gloria a España, fué perder a Portugal; meterse en una guerra ruinosa con la pretensión de quitar a Cataluña sus fueros. El Brasil, la India, se desgajaron en esta época de la dominación política y cultural de Castilla y se inició el desastre que todavía padecemos.

Cuarenta y cinco años duró en el trono el tal Felipe Cuarto. En 1665 lo enterraron. Y por obra de los líos y las leyes sucesorias dinásticas, el gobierno de la primera nación del mundo vino a caer en manos de extranjeros como Carlos Segundo, un niño, y su madre la regente Mariana de Austria. Fué un gobierno que no hizo sino intrigas de Corte y malas paces con los enemigos exteriores. Las cosas en España y en sus posesiones, reconoce Alamán, llegaron al último grado de miseria. El Rey mismo acabó creyéndose hechizado.

A la muerte de Carlos, el último Rey austríaco, una desgracia mayor acontece a España y es la de caer bajo el dominio de la casa francesa de los Borbones. El rey fatuo, Luis Catorce de Francia, había logrado intrigar de suerte que, el Hechizado, en su testamento, nombrara Rey de España a uno de los nietos

del Rey Sol. "Vais a gobernar, dijo Luis Catorce a su nieto, sobre la Monarquía mayor del mundo". En realidad, el Borbón viejo se anexaba esa Monarquía para sus fines de política europea. Y el pueblo español, impotente y traicionado por los métodos mismos del sistema monárquico, se dedicó a lamentarse de la situación, cuando no a envilecerse inventando festejos en honor de sucesos turbios. Empezó así la degradación máxima que consiste en tomar a diversión lo que se sabe es calamidad. De allí nos viene la costumbre funesta de las celebraciones oficiales de hechos que la dignidad personal repugna.

Los Virreyes de la primera mitad del siglo diecisiete fueron en su mayoría mediocres. Lo más notable que referirse puede es el intento de explorar el Japón, realizado por Sebastián Vizcaíno, el descubridor de la Alta California y Fray Pedro Bautista. Mandó organizar la expedición el Virrey D. Luis de Velasco Segundo que, después de gobernar el Perú siete años, volvió a México, que consideraba su patria, estableciéndose en Atzacapotzalco. Animado del espíritu de los días gloriosos, le pareció que no había razón para no hacer por las costas del Asia lo que ya se había hecho en América. Por indicación del Virrey, Vizcaíno partió de Acapulco en marzo de 1611 y desembarcó en tierras niponas. Cuando allí se supo el objeto de su misión, los embajadores fueron amenazados y toda la armada tuvo que regresar al puerto de Zacatula. El intento tiene un carácter quijotesco que merece atención respetuosa.

Entre los que se afanaron por establecer el orden, mejorar la administración, se menciona al Marqués de Cerralvo, Don Rodrigo Pacheco Osorio. Durante su gestión, los corsarios dieron un golpe a la marina española, capturando una flota que conducía doce millones de pesos. Capturó el botín por las Bahamas el holandés Pedro Hein. A diferencia de los primeros Virreyes que se retiraban pobres, este sujeto se fué con tanto dinero, que hizo al Rey un obsequio de un joyel de oro y esmeraldas, valuado en trescientos mil pesos. El Rey aceptó el obsequio, porque ya la administración y la dinastía degeneraban hacia el Califato Turco. La vieja dignidad castellana ya no era la regla sino la poca vergüenza de austriacos y borbones.



El Virrey Armendáriz es digno de recordación por haber organizado la armada de Barlovento, que contuvo los ataques de los ingleses que no cesaban en su codicia de los tesoros de España.

El Virrey Don García Sarmiento Sotomayor, Conde de Salvatierra, atento también al estado inseguro de los mares, mandó fundar establecimientos en la costa de California, a efecto de proteger las naves de China.

Para 1644 los conventos de frailes y monjas aglomeradas en la capital, eran tan numerosos, que el Ayuntamiento pidió a Felipe Cuarto que ya no se estableciesen más porque guardaban desproporción con el número de habitantes de la ciudad. Naturalmente, el Rey no respondió. En cambio, en mayo de 1649 hubo un auto de fe monstruo, en que ciento siete reos fueron condenados al último suplicio. Ante un público inmenso se les dió garrote y otro fué quemado vivo. Y los indios deben haber pensado que en vez de la religión de piedad que les predicaran Hernán Cortés y los franciscanos, otra vez Huichilobos imperaba en la vieja Tenochtitlán.

El desgobierno y las sublevaciones locales de los indios distraían la paz de sepulcro de estas administraciones nefandas.

El Virrey Don Francisco Fernández de la Cueva inauguró la catedral, aunque todavía sin concluirla, y tuvo la dolorosa satisfacción de mandar fuera de tiempo, auxilios marítimos porque los ingleses ya se habían apoderado de Jamaica... por sorpresa, y de San Agustín de la Florida.

En cambio, al nacer en España el Príncipe Próspero, la ciudad de México, por insinuación del ya dicho Virrey que era Duque de Albuquerque, mandó un donativo de doscientos cincuenta mil pesos anuales, por quince años "para las mantillas del niño"... El servilismo reemplazaba a la capacidad y el valor. Lo que quedaba de la antigua savia se dirigía a las fronteras, y gracias a ello, por el esfuerzo varonil de los colonizadores, se fundaba en 1664 o en 1660, la villa de Albuquerque, en Nuevo México, prolongándose por el Norte los dominios de Nueva España.

En 1678 los piratas ingleses saquearon a Campeche y fueron

rechazados de Alvarado. Sin tomar lección de este aviso, se permitió que el día 15 de mayo de 1683 asaltara Lorencillo el propio Veracruz. Con las efemérides basta para irse dando cuenta del estado deplorable de la administración.

El Conde de Gálvez, Don Gaspar de la Cerda Sandoval, merece recordación porque hizo recorrer la costa de Texas, a fin de expulsar de ella a los franceses. En 1690, como los franceses se hubiesen apoderado de Santo Domingo, la Armada mexicana de Barlovento, llevando tropas españolas y mexicanas mandadas por el Virrey, libró a Santo Domingo de la ocupación extranjera. Si la alianza de españoles y mexicanos hubiese continuado, el Nuevo Mundo sería hoy hispanico.

Felipe V, cuya gloria mayor consiste en haberse resistido a estar presente en un auto de fe, porque "el Rey sólo debía ver a los ajusticiados para perdonarlos", murió en 1746 después del mal gobernar cuarenta y siete años.

### *EXTENSION DEL TERRITORIO*

En el siglo diecisiete creció el territorio nacional y se llenaron los claros que había dejado la expansión irregular de muchos rumbos. En Nuevo León se fundaron Cerralvo, Cadereyta, Sabinas. En San Luis Potosí, Río Verde y Guadalcázar.

El célebre franciscano fundador de las misiones de Coahuila, nació en Sayula, por lo que puede considerársele como mexicano. En 1682 fué fundada la villa de El Paso del Norte, se establecieron familias en Santa Fe de Nuevo México. El gobernador de Coahuila, Alonso de León, recorrió en 1689 las Nuevas Filipinas, o sea Texas. Con ayuda del geógrafo mexicano Don Carlos de Sigüenza y Góngora, se hicieron reconocimientos marítimos en la Bahía de Panzacola, para erigir allí el fuerte de San Carlos. Ya no eran sólo misioneros y soldados; también los hombres de ciencia mexicana colaboraron en la colonización.

Una nueva orden religiosa ocupa lugar distinguido en el siglo diecisiete, en la tarea de la expansión de la cultura. Los jesuitas, que al principio establecieron colegios para la educación de sacerdotes, se lanzaron más tarde a los territorios desconocidos. La gran tarea de anexar California a la civilización, se debe a

jesuítas como el Padre Eusebio Kino. Nació Kino en Trento, Italia, y llegó al Nuevo Mundo en 1678. Cargada de sucesos estuvo desde entonces su vida, hasta que murió en Magdalena, Sonora, en 1711. Pasión de proselitario y acción práctica como explorador, cartógrafo, publicista y constructor, tales fueron sus hechos. Sonora y la Arizona del Sur le debieron sus principales esfuerzos. Trabajó por la misma región el Padre Juan María Salvatierra. Las obras apostólicas y geográficas de los dos civilizadores se narran en la Historia del Padre Francisco Javier Alegre y en el libro "Los Apostólicos Afanes", de P. José Artega.

Entre 1749 y 1753, se fundaron San Antonio de Béjar, en Texas, y la Bahía del Espíritu Santo. Al ocurrir la expulsión de los jesuítas quedaron sus misiones a cargo de dominicos y franciscanos. La cadena de sus fundaciones abarca desde el cabo de San Lucas, en la Baja California, hasta el grado 31 de latitud boreal, por el Paraguay.

Y todavía a fines del siglo diecisiete el Padre Junípero Serra, natural de Las Baleares, fundó las misiones de San Diego y San Carlos Borromeo de Monterrey, San Gabriel y San Luis Obispo, San Francisco de Asís y San Juan Capistrano, todas en California. El Padre Peri fundó en 1798 la misión de San Luis Rey y la obra evangélica se prosiguió hasta el primer tercio del siglo diecinueve.

*Ceguri & Mayo*

**EL SIGLO DIECIOCHO**



No pretendemos separar rigurosamente los sucesos que corresponden a cada siglo. Felipe Quinto es ya del dieciocho y la situación al término de su reinado, a mediados del siglo, había variado poco. Las naves inglesas estorbaban cada vez más el comercio con la Metrópoli. A tal punto que dejó de ser el Atlántico la ruta comercial más próspera, y comenzó a dar mayores rendimientos el Pacífico, que estaba relativamente libre de corsarios. Las prohibiciones al comercio, los monopolios del Estado, hacían que el contrabando se desarrollase en beneficio de los ingleses y los holandeses. La lucha continuaba unas veces en guerra declarada; otras veces por la competencia de los precios y el golpe de mano de la piratería. Tan notorio llegó a ser el peligro, que la primera medida importante del sucesor de Felipe Quinto, un tal Fernando Sexto, fué aumentar la armada española y tomar medidas para la defensa de las posesiones de Ultramar. En la Corte no se pensaba sino en los tributos que de Nueva España llegaban, y se había perdido la energía indispensable para asegurarlos.

Los piratas ya no se contentaban con saquear puertos. La importante posesión de Jamaica quedó definitivamente en poder de los ingleses, por tratado de 1670.

Gradualmente Inglaterra dominaba el mar.

Pero tanto en la Metrópoli como en la capital de la Nueva España, el florecimiento intelectual era brillante y engañaba respecto del futuro. Y resulta que son siempre de segunda categoría estos florecimientos literarios y filosóficos que ocurren en el ocaso de un pueblo. En Inglaterra, el fenómeno fué invertido. Allá Shakespeare es la cumbre de un desenvolvimiento que domina el futuro inmediato. Lo más grande de España, Cervantes, es, al contrario, un decepcionado que se refugia en la locura para

sufrir menos con la realidad que sus ojos miran. Esto quizá explica que habiendo dado la Colonia hombres distinguidos, no contase, sin embargo, con una sola figura genial. En Estados Unidos, poco después de la Independencia, surge una generación de grandes figuras universales como Emerson, Whitman y Poe. Ni antes ni después de nuestra Independencia hemos tenido nosotros casos humanos de esta categoría. Quizás porque nos tocó nacer de una decadencia. Nuestras naciones surgirán a la vida independiente como los restos de un naufragio, no como la obra de la virilidad y la madurez. Cada nación ibero-americana, si se exceptúa el Brasil, aparece como un aborto más bien que como un fruto. La madre enferma que era España, no tuvo poder para arrojar de tierras y mares a los agentes ingleses que nos urgían a la discordia, y salimos a la vida obligados por los forceps de la intriga extranjera, antes de que el pellejo adquiriese consistencia.

Cada vez que surge una generación de grandes conforme al espíritu, es porque va a nacer un gran pueblo o se va a producir una gran época dentro de un pueblo ya formado. Los genios del Renacimiento italiano anuncian la transformación de Europa. Los filósofos del siglo dieciocho, franceses, preludian el mundo moderno. El siglo de oro español, con todo su brillo, no trae mensaje nuevo a la Humanidad y es como resumen tardío de la mística medieval y el Renacimiento. Muy interesante, sin duda, pero sin esa fuerza creadora que se apodera del porvenir para renovarlo.

Lo de nosotros, en México, fué reflejo de aquel ocaso. Fuimos, con todo, durante siglos, la nación más culta del Nuevo Mundo. La vida toda de la colonia poseía un refinamiento que no se sospechaba en el norte. El idioma de Castilla suavizado con el matiz andaluz, se había difundido hasta en el seno de las tribus, gracias a la labor tenaz de la Iglesia. De lo indio ya no quedaba huella, y los mismos indios en el traje popular y en el arte manual y en la danza y en la música, se habían construido un alma nueva más próxima al europeo que al antiguo azteca o al maya. De un extremo a otro de la Nueva España había escuelas, bibliotecas, una Academia, una galería de pinturas, colegios, Universidades. En arquitectura, se construía como no ha

vuelto a hacerse después, y de ello son testimonio México, Puebla, Guanajuato, todo el territorio nacional. Estilos de España, como el churrigueresco, que por sus afinidades manuelinas recuerda la selva de la India, hallaron en el trópico americano un medio natural de desarrollo. El cielo despejado de México, parecido al de Italia, obligó al uso del color en los exteriores, tal como aún puede verse en ciertas casas de Puebla y México. Un modo particular de armonía distingue la obra mexicana, igual que su paisaje.

La educación pública estuvo difundida en el siglo dieciocho como no ha vuelto a estarlo, pues hubo parroquia en cada aldea, y donde había parroquia había escuela. Y donde ya no había aldea, en las estaciones del desierto inmensurable, la misión con su campana congregaba a las gentes para el trabajo civilizado y para el estudio y el rezo.

La destrucción deliberada y sistemática del sistema colonial es, sin duda, el mayor daño que hemos hecho a la patria, instigados siempre por la perfidia del plan extranjero. Pero asombra considerar lo que había. Únicamente en el Colegio de Indios, fundado por Pedro de Gante se contaban mil educandos. Y por todos los rumbos del país había colegios. Todos nuestros Institutos provinciales y los que funcionan en la capital de la República, se alojan todavía en edificios que construyó la Colonia, dentro de los cuales, nosotros no hemos hecho otra cosa que estar cambiando los planes de estudio, al capricho de una política gubernamental inspirada siempre en intereses ajenos a la patria.

Ciudades tan distantes en la época, como Zacatecas, tuvieron colegios formales desde 1616. En México, el Colegio de San Ildefonso se construyó en edificio que todavía es orgullo de la capital y ha servido para alojar media docena de variantes de Universidad republicana, desde la Preparatoria de Barreda hasta nuestros días. Pero el edificio de la Institución es el mismo que le dió la Colonia.

En todos los órdenes las instituciones de la Nueva España superaban a todo lo que había en las otras naciones de América. Y es justo reconocer que también en todos los órdenes, España hizo en la Nueva España tanto o más que lo que hacía en



la Península. Como que con su sentido de la grandeza perdurable, el español no se sentía de paso en América; su posesión tenía raíces que desafiaban el tiempo y sus mudanzas.

En Michoacán, Vasco de Quiroga había iniciado la educación técnica de los indios, según métodos que no han sido superados y con resultados que todavía a la fecha se palpan. A estas escuelas y otras semejantes de la Colonia, debe el indio los oficios de que vive hace siglos y que le han permitido incorporarse a la civilización europea en pie de igualdad económica. Maestros carpinteros, herreros, ebanistas, albañiles, arquitectos, de todo esto había en las escuelas de la Colonia. De otro modo y sin las escuelas españolas, el indio habría permanecido de siervo de la gleba y la fusión de las castas no se hubiera logrado; no contaríamos hoy con una de nuestras mayores ventajas: la homogeneidad racial de nuestra población.

La ley de enseñanza primaria más antigua del país, no se debe a "las luces" de la penetración extranjera. La primera ley que mandó establecer escuelas primarias en la Nueva España es de 1783. Un poco más tarde, en el año de 1800, el Virrey Azanza se preocupaba por la difusión de la enseñanza primaria en nuestro país.

En el dominio de la ciencia también el siglo dieciocho mexicano es ilustre. Los primeros especialistas de la flora americana fueron españoles. En México realizaron estudios Sesse, Mociño y Echevarría; están estos estudios publicados en la obra "Nova Platarum et Mineralorium mexicanae", edición de Hernández en Roma, en 1651.

La escuela de Minas, establecida en 1783, se mantiene hasta la fecha como una de las mejores del mundo, y fué fundada por dos españoles, Elhuyar y del Río, autor el segundo de una Mineralogía mexicana. Y la escuela ha contado siempre, con personal hispano mexicano.

Por la misma época Don Antonio Alzate difundía el interés por la ciencia. Y contábamos con astrónomos y geógrafos como León y Gama y Don Carlos de Sigüenza y Góngora.

En 1773 se fundó la Real Academia de Bellas Artes, para recoger los tesoros de toda una escuela nacional que, aunque

reflejo de la española, tiene mérito considerable y representa el más serio esfuerzo artístico de la era colonial del Nuevo Mundo.

Vázquez y Echave, influenciados por la escuela de Sevilla, pintan en el diecisiete. Y en el dieciocho la producción pictórica se enriquece con las obras de Cabrera, Rodríguez Juárez, Sebastián de Ortega y el arquitecto Francisco Eduardo Tres Guerras.

En el Teatro, la Nueva España dió a la Metrópoli una gloria en la persona de Alarcón, y en la literatura descolló una poetisa, Sor Juana, ambos del siglo diecisiete.

A fines del siglo dieciocho se cantaban en México óperas cuando apenas si había teatros en Nueva York. La primera representación del Barbero de Sevilla, se dió en 1806. Y la Iglesia, por su parte educaba a las masas en los templos con la música gratuita de las ceremonias del culto. La masa indígena y los criollos unidos, escuchaban allí misas de Palestrina y de Victoria y cantatas y motetes de Monteverde. El buen gusto se difundía de esta suerte por todas las capas de la sociedad.

En 1693 se publicó el primer periódico que hubo en el continente, el "Mercurio Volante", y en 1728 empezó a salir la "Gaceta de México".

En cada Convento había una Biblioteca y a la fecha nuestros institutos provinciales no cuentan con mejor tesoro que las bibliotecas heredadas de los conventos.

Por desgracia, todo este esplendor era, como ya se ha dicho, luminaria de un ocaso. En Madrid la dinastía extranjera se hallaba al servicio de los intereses de Francia. Mucho ha sido alabado como Rey progresista y reformador, Carlos Tercero; en realidad su gestión interrumpe el desarrollo nativo y crea problemas y situaciones nefastos.



## NUESTRA EXPANSION DURANTE LA COLONIA



Se ha hecho muchas veces la rectificación de que durante nuestra incorporación al Imperio Hispánico, nunca fuimos propiamente colonias sino provincias, con derechos y privilegios reconocidos por las leyes y la práctica. Los Virreyes que tuvieron la función ejecutiva máxima, siempre vieron su poder limitado por la magnífica institución jurídica que fué la Audiencia y por el Poder Municipal, que a semejanza de la Metrópoli, se desarrolló entre nosotros desde los comienzos de la Conquista, dando a nuestra vida garantías de libertad y de ejercicio democrático, que hasta ahora no han sido igualados por los regímenes republicanos.

Esto explica que en la época llamada Colonia, México no sólo disfrutase de autonomía interior, sino que pudo desarrollar su actividad en el sentido de toda nación pujante, o sea, mediante la expansión territorial.

Nuestra historia, de la Independencia a la fecha, ha consistido en una serie de pérdidas de prestigio y de mutilaciones territoriales que pronto nos hicieron abdicar la posición del primer país del Nuevo Mundo, hasta la categoría presente, que ya no es ninguna.

En la época colonial, en cambio, el proceso fué de continuo crecimiento: desde el área reducida del Imperio azteca, hasta los reinos zapotecas y mayas del sur y la distante Honduras, visitada por Cristóbal de Olid y por Hernán Cortés. Ritmo aún más amplio, tuvo la expansión por el Norte, desde los reinos tarascos de Michoacán hasta las Misiones de Sinaloa, Sonora y California, por un lado, y las de San Antonio de Béjar, por el Oriente. No debe olvidarse que por el Norte tuvimos de límite lo que hoy es Alaska, al mismo tiempo que por el Noreste nuestra acción se extendía a la Luisiana, y existe constancia de

que soldados de origen mexicano intervinieron en alguno de los episodios de la defensa de Florida contra bucaneros y escuadras enemigas.

Casi ninguno de nuestros historiadores ha llamado la atención de nuestros estudiantes, sobre el hecho de que fué Cortés el primero que sentó los lineamientos del mapa nacional del México de la Colonia, gracias a sus viajes y fundaciones, desde Honduras hasta el Golfo que hoy llaman de California los poinsettistas y bastardos que han pretendido borrar toda memoria de las hazañas del gran conquistador y civilizador.

Menos aún, se han ocupado nuestros historiadores, de lo que hizo la Nueva España como poder casi autónomo, en los mares que le pertenecieron, contribuyendo a la creación de establecimientos y fortalezas en el Golfo de México y en el Caribe y Las Antillas. La guerra que constantemente libramos en defensa de nuestro territorio amenazado por los bucaneros, cuenta con episodios gloriosos que no registra nuestra historia oficial. Los lanceros mexicanos contribuyeron a la defensa de La Española o sea lo que hoy es Santo Domingo, por el año de 1691. Sólo una historia mexicana, y por cierto la mejor de ellas, la de Don José Bravo Ugarte, registra este suceso, así como el siguiente: "En los años de 1774, 1775 y 1779, partieron de San Blas, al mando respectivo de: Juan Pérez, Bruno de Zeta, Ignacio Arteaga, con dirección a las costas de Alaska, a efecto de localizar los establecimientos de los rusos, para desalojarlos, por la fuerza, si era necesario. Pérez explora hasta el grado 56, sin encontrar a los rusos y ocupa la región de Nutka y la Isla de la Margarita. El mismo Pérez entra a la Ensenada de Dixon. En tanto que Ezeta llega hasta el grado 58, plantando en el lugar cruces, y por último, Arteaga, con un comandante, bodega y cuadra, explora hasta el grado 61. En 1788, 90 y 92, repiten las expediciones para arrojar a los rusos, habiendo estado la primera al mando de Esteban José Martínez y Gonzalo Gabriel López de Haro, que comprobaron que los rusos llevaban veinte años de establecidos; se les desconoció la posesión y volvió a hacerse a nombre de España. La segunda expedición al mando de Francisco Eliza, consumó un establecimiento en la Isla de Nutka y con-

tinuó las exploraciones. Por convenio con Inglaterra, sin embargo, en 1794, la Isla de Nutka se declaró libre de acceso para todas las potencias”.

### LA CONQUISTA DE FILIPINAS

Fué sistemáticamente olvidada por los historiadores liberales del Siglo XIX, llevados de su afán de ignorar la obra de la Madre Patria en el Nuevo Mundo, con lo que sin duda procuraban congraciarse con los ingleses.

Las Universidades norteamericanas, que tanto han hecho para rehabilitar el crédito colonial de España, también en el caso de Filipinas han contribuido con un glorioso libro del historiador William Lytle Schurz, registrado en 1939, que todavía no alcanza una traducción a nuestro idioma, tan retrasado en materias culturales. Se llama, la magnífica obra: “EL GALEON DE MANILA” y dice en la primera página: “El primer Galeón que se dirigió a Filipinas, cruzó el Pacífico en 1565; el último entró al puerto de Acapulco en 1815. Cuando la línea comenzó sus viajes, el Rey de las Españas era Felipe II, y la Reina de Inglaterra se llamaba Isabel Tudor. En esa misma fecha, Hernán Cortés cumplió dieciocho años de muerto, y Pedro Menéndez de Avilés creaba las primeras fundaciones en San Agustín de la Florida. Triste presagio fué el hecho señalado por Schurz, de que el fin de la compañía de los Galeones coincide con el lanzamiento de Hidalgo en México y la conquista de Nueva Orleans por virtud de la victoria de Andrés Jackson”.

Desde entonces, todo fué, para nuestro Imperio, reducción y retroceso, así como avance y progreso para los ingleses y norteamericanos. Lo que había ocurrido antes, sin embargo, basta para dar orgullo y lustre al mejor pueblo de la tierra, y en aquella hazaña, la contribución de México, después de España, fué la primera.

La línea de navegación establecida prácticamente por nosotros entre Manila y Acapulco, duró en sus operaciones dos siglos y medio. Ninguna otra línea marítima, dice Schurz, duró tanto; ninguna otra requirió tanto esfuerzo ni ofreció mayores peligros.



Docenas de barcos y millares de tripulantes, perecieron junto con tesoros valiosos. En la lucha de los barcos contra los asaltos de los ingleses, se perdieron cuatro, entre otros el Santísima Trinidad, que en 1762 era el barco mayor del mundo. Nuestra supremacía en el Pacífico, que de esta suerte duró dos siglos y medio, no significa nada para los bastardos que han escrito nuestra historia republicana. Pero estos barcos eran, dice Schurz, para los pueblos de Hispanoamérica, las naves de China, o sea, los Galeones de Manila, que les traían cargamentos de sedas y especias y otros artículos preciosos del Oriente. Para los pueblos del Oriente, los navíos nuestros eran los argonautas que transportaban pesos de plata acuñados en México y en el Perú, y que llegaron a convertirse en la moneda básica de aquellas costas.

Para España, los Galeones eran el enlace de la Península con Filipinas y las Molucas.

Uno de los aspectos importantes para la civilización, derivado de aquellas travesías, fué el descubrimiento de la ruta de regreso que, al igual que el derrotero de Colón en el Atlántico, contradice la teoría de que la línea recta sea la distancia más corta. Así como Morrison señala como el secreto del éxito el hecho de que Colón hubiera desistido de navegar en línea recta al Occidente, tomando al contrario una ruta muy hacia el Sur, fué también el secreto del éxito en el viaje de regreso de Filipinas a Acapulco, según la ruta descubierta por el gran marino español Andrés de Urdaneta, que por haber navegado primero hacia el Norte y más tarde al Oriente, hasta la costa de California, evitó los naufragios que habían castigado en el viaje de regreso a los primitivos navegantes.

No es posible juzgar aquella grandeza imperial del México de la Colonia, que enviaba tropas a Santo Domingo y a Florida y a las Filipinas y las Molucas, mediante barcos de guerra y de comercio construídos, en gran parte, en nuestros Astilleros. Los pobres Astilleros nacionales, que llevan un siglo sin haber construído siquiera un barco de cabotaje.

El libro de Schurz debería influir en la formación de cada cabeza mexicana, para levantar un tanto el espíritu nacional, que después de haber sido un gigante, suele dedicarse ahora a la

minucia de los episodios de luchas partidistas sin significación alguna para la cultura o con significación de signo adverso en no pocos casos.

En forma más breve, el historiador Bravo Ugarte nos da la reseña de las expediciones que a partir del Virreinato del gran estadista Don Antonio de Mendoza, partieron de nuestras costas con el afán de llevar la luz del Evangelio a los distantes territorios de las especies del Oriente. Los nombres de López de Villalobos, Miguel López de Legazpi y Andrés Urdaneta, debieran ser los padrinos de las Escuelas Navales de nuestra Patria.



## EL REINADO DE CARLOS TERCERO



Fué lo que se ha llamado el déspota ilustrado. Introdujo progresos materiales relativos que, en general, se deben al curso natural de la civilización, pero que la propaganda adulatoria atribuye al que gobierna. En realidad, en ciertas épocas, el adelanto de la técnica impone el progreso, aun a las naciones peor gobernadas.

Carlos Tercero edificó un tanto Madrid, y sus Virreyes la capital de México. En cambio, se debe a Carlos III la militarización del reino, la organización del despotismo que después ha sido perenne. Comparado con el desgobierno de sus predecesores, resulta casi admirable que se hubiese enviado al Visitador Ulloa y que éste redactase las "Noticias Secretas" de lo que hacía en América Inglaterra soliviantando a las provincias, con el pretexto de la Independencia, y en realidad, para desbancar a España.

Lo que todo el mundo sabía y veía llegó a expresarse en letra impresa que circuló en secreto. Inútil secreto, porque los ingleses publicaron el aludido informe en Inglaterra.

En la Nueva España cambió Carlos Tercero el sistema del gobierno interior, militarizando, como ya se ha dicho, creando Intendentes en vez de gobernadores y subdelegados en vez de Alcaldes. El abuso se agravó con la práctica de nombrar Intendentes españoles con exclusión de los criollos, contrariándose la sabia política que había establecido Hernán Cortés, de nombrar para los más altos puestos a infinidad de caciques indios. A Carlos Tercero debemos, por lo tanto, el inicio de odio de castas, el comienzo de la desintegración de la fuerte unidad de la Colonia y eso que pretendía unificar, pero las medidas de unificación del despotismo son siempre artificiales y forzadas, y por lo mismo, deleznales.

A Carlos Tercero se debe también la expulsión de los jesuitas (1767) que, si, como se ha dicho, conspiraban contra él,

hacían bien, puesto que pretendían librar a España de una dinastía extranjera. El efecto de la expulsión fué desastroso para las Colonias y ventajosísimo para Inglaterra y los Estados Unidos. A tal punto que si la obra de los jesuitas en la Alta California y en Texas se hubiese acabado de desarrollar, quizás no hubiésemos perdido aquellos territorios; no se hubiesen perdido para el gran reino de la cultura y de la lengua de España, es decir, algo más importante que cada una de nuestras pequeñas patrias nacionales. Según Alamán la expulsión de los jesuitas fué consecuencia de una conspiración de los jansenistas y librepensadores franceses que amedrentaron a Carlos III, exagerando el peligro de supuestas conspiraciones, pero en realidad con el objeto de debilitar el Imperio español que con la ausencia forzada de la orden de Loyola, quedó quebrantado en América.

En su política exterior en Europa, también fué un traidor Carlos Tercero, como lo prueba el pacto de familia a que sacrificó los destinos de España. Por salvar el clan de los Borbones franceses, perdió España, al concluirse la guerra por el tratado de París, todos sus territorios americanos al este de Mississippi. Propiamente estas tierras eran mexicanas y hubieran seguido siéndolo a no ser por Carlos Tercero; por lo menos, nos hubieran servido de prenda y de muralla a la hora del choque con los nórdicos. Por los tratados susodichos perdimos también Terranova y derechos sobre Honduras. A pesar de estas evidencias, no faltan bastardos que todavía pronuncian el nombre de Carlos Tercero con reverencia y encomio.

### LA IGLESIA EN LA COLONIA

Aliada desde el principio a todas las aventuras de conquistadores y colonizadores, es natural que lentamente se fuese convirtiendo en la Institución más poderosa del Reino. Su carácter durable le permite sumar el esfuerzo de las generaciones. El celibato de sus miembros, aligera la carga de sostenimiento del personal y reabsorbe los bienes del individuo que no deja vástagos. No necesitó la Iglesia al principio depender de Fundaciones, porque las iba creando. Cada misión era taller y célula agrícola; cada convento era casa de labor y huerto. En el co-

mienzo por lo menos, la Iglesia fué creadora de riqueza en medio de la barbarie y del desierto.

Más tarde, la misma amplitud de las funciones que desempeñaba explica el aumento considerable de sus recursos. La mayor parte de los servicios de beneficencia estuvieron encomendados a la Iglesia y casi todos los de enseñanza. Una gran parte de los dineros de la Iglesia se empleó en la construcción de los conventos y templos que son hoy gala de la República y que todavía prestan servicio. Es de advertir, asimismo, que los dineros colectados por la Iglesia se gastaban en México y mantenían un personal oriundo, en su mayor parte, del país, y en beneficio del país mismo.

“Los recursos de la Iglesia —dice Pereyra— eran considerables, aunque no superiores al conjunto de atenciones que le imponía su situación especial”.

Las fuentes de ingresos de la Iglesia eran: Los diezmos y obvenciones parroquiales y el producto de legados, donaciones y fideicomisos. Los capitales de la Iglesia se dividían en aquellos que administraba como banquera y las fincas rústicas y urbanas que administraba con fines de lucro. Había también los bienes destinados al servicio del clero y del culto, como Iglesias y casas curales, y los edificios y bienes destinados a objetos de beneficencia y enseñanza.

Los diezmos pasaban de dieciocho millones de pesos en la última década del siglo dieciocho.

Los capitales impuestos producían cerca de tres millones de pesos. Las fincas rústicas urbanas redituaban un millón.

Es decir, la Iglesia percibía veintidós millones de pesos que no cercenaba con remisiones al exterior. El Virreinato cobraba veinte millones, de los cuales sólo disponía en la suma de dieciséis y medio millones. El resto pasaba a la Corona.

La orden más rica era la de los Jesuitas. El Arzobispo de México percibía 130,000 pesos anuales. Y curas como Hidalgo ganaban mil pesos mensuales.

Nadie discute —dice Pereyra— el papel de la Iglesia como defensora de los indios en el comienzo de la Colonia. Pero también, más tarde, y ya establecida la nueva organización y cuando



se plantearon los problemas de la explotación de la tierra con jornaleros, surgió en el seno de la Iglesia un movimiento de protesta contra los privilegiados y en favor de los oprimidos. Ello lo prueba la literatura de rebeldía que circuló en los últimos años del siglo dieciocho autorizada por preladados como Fray Antonio de San Miguel.

El Estado pesaba, sin embargo, sobre el clero en forma absorbente, a causa del Patronato. Consistía éste en la facultad dada por el Papa, (Bula de Alejandro VI) a la Corona de Castilla para nombrar Obispos y señalar los límites de los Obispados. En general, el Estado, o sea el Rey, ejercitaba un poder absoluto sobre todo el personal eclesiástico y sobre sus rentas.

La inquisición en México tiene un aspecto favorable, y es que no se aplicó a los indios sino a los protestantes, judíos y extranjeros que se insinuaban para la propaganda de sus doctrinas, y para violación de los monopolios comerciales españoles. La Institución fué tiránica, pero los protestantes, en sus países del norte, ejercitaban los mismos métodos de represión, con azotes y tormentos, la misma intolerancia en materias de religión y de nacionalidad.

Los puestos más altos del clero los desempeñaban los españoles. Los puestos del bajo clero quedaban a cargo de los criollos, mestizos e indios.

La influencia social de Obispos y clérigos eran profunda y más duradera que la de Virreyes y Gobernadores.

### EL MUNICIPIO EN LA COLONIA

Era tan fuerte el Municipio en toda la América, que no bastaron las Intendencias a destruirlo. El absolutismo francés halló resistencias en la vieja organización castellana. La vida municipal —dice Pereyra en su "Breve Historia de América"— no desapareció con las Intendencias. La misma Ordenanza de Carlos Tercero disponía, sin duda por respeto a la tradición democrática, que en todas las ciudades, villas y pueblos, de españoles, o, por mejor decir, de criollos y mestizos, se eligiesen dos alcaldes dentro del año siguiente a la creación de las Intendencias. Los regidores podían ser europeos, pero siempre predominaron en los

Ayuntamientos los criollos. El núcleo de la vida social era el Municipio. Esta institución fué la primera y la última de la organización creada por la dominación española. Cita Pereyra a Alberdi, el antiespañolista argentino, que dice:

"Antes de la proclamación de la República, la soberanía del pueblo existía en Sudamérica, como hecho y como principio, en el sistema municipal que nos había dado España". Otro antiespañol, Sarmiento, dice: "El Cabildo de Córdoba, se mostró durante muchos años a la altura del Parlamento inglés".

Esto, comenta Pereyra, parecerá una hipérbole de provinciano, pero ¿por qué no aceptar que algunos munícipes de Córdoba valieran lo que el mejor de los Pares? En toda la América fueron los Cabildos los promotores de las mejoras materiales y de la cultura.

#### *GÁLVEZ, EL ÚLTIMO GRAN VIRREY (1765-1771)*

Se recuerda con cariño a Don Antonio de Bucareli y Urzúa, que tomó posesión el 23 de septiembre de 1771. Se le deben muchas mejoras en la capital, una administración honrada y la fundación de un Hospicio de Pobres. En su gobierno, Don Pedro Romero Terreros, Conde de Regla, fundó el Montepío que todavía existe. En 1777 se construyó un Hospital de Dementes. Se estableció el Tribunal de Minería y se construyó el Castillo de San Diego en Acapulco.

Bajo el Virrey Mayorga, en 1779, o más bien dicho, por instrucciones de Don José de Gálvez como Ministro de Indias, contingentes mexicanos atacaron a los ingleses en Panzacola, a las órdenes de Don Bernardo de Gálvez, a efecto de ayudar a la Independencia de Norteamérica. Al mismo tiempo que se atacaba así a Inglaterra, por el Norte, el Gobernador de Yucatán, Don Roberto Rivas, batió a los ingleses en Belice apoderándose de varias embarcaciones. Seguían, pues, las tropas mexicanas interviniendo en los asuntos del continente. Los desembarcos de marinos eran entonces desembarcos hispanomexicanos. En vez de víctimas, éramos señores, no sólo en nuestra patria, también en los territorios comarcanos. Gálvez dió su nombre al puerto texano de Gálveston.

El Conde de Aranda reprobó estas expediciones; temía que el ejemplo yankee fomentara el deseo de independencia en las Colonias; si no hubiese estado cegado por la adhesión a un despotismo dinástico, habría visto que el interés de España estaba en quebrantar a los ingleses, que eran el enemigo fuerte. Si nuestra acción imperial hubiese continuado, no habrían tenido tiempo los Estados Unidos de invadirnos, como más tarde lo hicieron. Nos habrían hallado fuertes y bien consolidados. La expedición a la Florida para ayudar a la Independencia americana, es, en todo caso, una de las páginas gloriosas del ejército mexicano, una de sus pocas hazañas en el exterior, y, por lo mismo, digna de encomio.

Bajo la administración del Virrey Gálvez se reorganizaron los presidios del Norte y se emprendió campaña seria contra los apaches y comanches que cometían depredaciones en el territorio norte de Sonora, Sinaloa y Chihuahua.

El Pacífico se había vuelto un mar disputado. En 1741, Vitus Behring descubrió para Rusia el estrecho que lleva su nombre. El tráfico de pieles se desarrolló costa abajo. Atento al avance de los rusos, Gálvez decidió la ocupación permanente de la Bahía de Monterrey como base. En seguida, en 1776, fué ocupado y fortificado San Francisco. Más al norte, Juan Pérez estableció frontera en el paralelo cincuenta y cinco y exploró el estrecho de Nootka. En otras expediciones marítimas, Heceta, Bodega y Cuadra descubrieron la costa hasta los paralelos 49 y 58. Un Artega llegó después al 60, para impedir que Cook reclamase aquellas aguas.

Y para evitar que los rusos se colasen más al sur, Esteban Martínez fué enviado a tomar posesión de Nootka. Encontró allí unos barcos ingleses y los apresó. Pero en Madrid el gobierno reconoció a Inglaterra derechos para fundar establecimientos al norte de los españoles.

¡Como siempre, la Corona nulificando, estorbando el esfuerzo del español en América!

Hasta el Haití que hoy es francés y ha sido objeto de snobismo pictórico y artístico, estuvo bajo el dominio español en 1776, que lo ocupó una escuadra procedente del Perú, a fin de anticiparse a los ingleses.

Para defender tan vasto imperio, aparte de la marina que nunca bastó, idearon los ministros del déspota ilustrado, crear poderosos ejércitos de tierra. Y ya se sabe, cualquiera podía prever que dichos ejércitos no servían contra el inglés, que andaba embarcado, sino para prolongar indefinidamente el despotismo interno. Con ellos, la dinastía se armaba contra sus súbditos, mientras el inglés continuaba despojándonos.

En lo de adelante, nuestro ejército ya no iría a batirse a la Florida o a Santo Domingo, por la expansión del Imperio, por la gloria de la mejor civilización; se dedicaría al papel deshonoroso en que está decaído desde hace siglos, papel de verdugo de sus propios connacionales y al servicio indirecto de poderes extraños. Al servicio de Francia bajo el traidor Carlos Tercero. Al servicio de los Estados Unidos durante tantos y tantos gobiernos republicanos.

Según Pereyra (opus. cit.) en 1804 el ejército de Nueva España se componía nominalmente de treinta y dos mil hombres; ya desde entonces la organización era muy deficiente desde el punto de vista de la eficacia para la guerra extranjera. Y también ya desde entonces, es decir desde la corrupción introducida por los actos de tiranía de Carlos Tercero, el ejército consumía casi la mitad de los gastos internos. En cambio, en la buena época, en la era *próspera de la Colonia que duró dos siglos y medio, la Nueva España no tuvo ejército.*

El papel del ejército aparecido en las postrimerías y en plena decadencia nacional, había de ser oponerse a los insurgentes bajo Calleja; en seguida, traicionar a los realistas bajo Iturbide y más tarde crear gobiernos y presidentes al servicio siempre de intereses extraños a la nación, contrarios al bien público y a la libertad.

Las rentas se dividían al final del régimen hispánico en tres clases: Masa común; derechos de oro y plata, alcabala, tributos de indios, etc.; Segunda Clase: Masa remisible a España: Estancos del tabaco, de los naipes, etcétera; Tercera Clase: Destinos particulares, que se distribuían como sigue:

Gasto del Reino .....	\$ 16.500,000
Situados a otras provincias americanas .....	3.500,000
Remisión a España .....	6.000,000

Los gastos del interior del reino se repartían como sigue:

Presupuesto de guerra .....	\$ 4.000,000
Sueldo del Virrey, Intendencias, etc .....	400,000
Audiencias y Tribunales .....	400,000
Cárceles, hospitales, pensiones .....	2.500,000
Gastos de administración, manufacturas reales, etc. .	3.500,000

Al iniciarse el siglo diecinueve, la población de México era de seis millones, divididos en un millón de criollos, cuarenta mil españoles, tres millones y medio de indios de raza pura y millón y medio de mestizos.

La mejor crítica del régimen colonial es la formulada por el español Abad y Queipo, Obispo de Michoacán. Con la franqueza habitual de los hombres de su raza, Abad y Queipo señala lo que llama las cuatro llagas de la época: desorden económico, opresión de la raza del país, abusos administrativos y abusos del patronato. Calcula Abad y Queipo que la Nueva España contribuía con una sexta parte de la renta real de la Península. Contribuía, además, para los gastos de policía y de administración y guerra y sostenía ciertas erogaciones de provincias como Manila, Luisiana, La Florida, Trinidad, Puerto Rico, Santo Domingo, La Habana, en cuyos astilleros se construía buena parte de la real armada con dinero mexicano. El criterio de las épocas decadentes se inclina a ver en todo esto una explotación padecida por México. Este punto de vista es falso y mezquino. En realidad, México era el centro de este mundo americano antillano y de la Oceanía. Y si en muchos casos el oro de México iba rumbo de aquellos pueblos, también hay que tomar en cuenta los enormes beneficios que México derivaba de su papel de metrópoli de semejante zona cultural. El dato estadístico nada vale si se le juzga aisladamente. El que México enviara oro a España o a Manila no excluye, supone la realidad, o sea que México recibía, en cambio, sedas y frutos del Asia, vinos, aceites, fruta y géneros de España.

Por eso el punto de vista exacto no es el del panfletista Abad y Queipo, que aunque poseía visión de sociólogo, no dejó de caer en las exageraciones del polemista. El punto de vista exacto es el del hombre de ciencia como Humboldt y éste no sólo

absuelve a la Colonia, sino que en estudio, el más concienzudo que jamás se haya hecho, levanta a México a la altura que por entonces merecía, entre las primeras naciones de la Tierra. (1)

### LOS BUCANEROS

Llegaron tarde los ingleses al festín colonial de América, y no porque no viesen desde el principio las ventajas del Nuevo Mundo, sino porque no podían en la época enfrentarse a los portugueses ni mucho menos a los españoles. Pero constantemente, ingleses y angloamericanos de la costa oriental del norte codiciaron las tierras fértiles de la zona tropical. Desde el año de 1633 vemos a los puritanos estableciéndose en la isla Providencia. Lo que obligó al Gobernador de Cartagena, Don Antonio Maldonado, a combatirlos. Derrotada la expedición de Maldonado, en 1641 el Almirante Díaz Pimienta logró destruir la colonia y trató con humanidad a los prisioneros.

Pero los intrusos no escarmentaron. Unas veces la marina inglesa abiertamente y otras veces corsarios que si eran vencidos no tenían patria y si triunfaban obtenían sitio en la nobleza británica, lo cierto es que no paró la lucha durante la Colonia, lucha de la autoridad española que auxiliada por sus colonos defendía sus territorios legítimos, y el poder naval de Inglaterra que estaba en acecho de la debilidad española, agravada por la extensión de las posesiones, el descuido, la ineptitud de sucesivas administraciones.

Llena de episodios brillantes unos, terribles los más, se puede decir que la acción de piratas y bucaneros se desenvuelve en torno a dos o tres grandes batallas navales. La de la Invencible, que dejó quebrantado para siempre el poder de España; la de Trafalgar, en que quedó victorioso Nelson, y las de Santiago de Cuba y Cavite, que dieron a la escuadra de Norteamérica el dominio de los últimos mares que controlaba España.

La capitana de los piratas fué la Reina Isabel. Antes y después de la Invencible, ella dió el ejemplo de alentar a los aventureros del mar a que viviesen del botín, ya que no habían

---

(1) Véase el "Ensayo Político sobre la Nueva España", de Humboldt (1811. París).

logrado descubrir las tierras nuevas y crearse en ellas reinos. En tiempos de Isabel una escuadra inglesa, a las órdenes de Drake, consumó el saqueo de Santo Domingo, Cartagena, San Juan de la Florida y Jamaica. Pero no dejó establecimiento colonial en el continente; no capturó isla alguna importante.

El Plan de instalarse de modo permanente en las zonas de la soberanía española, procede de la época de Cromwell. El Dictador hizo suyo el proyecto Tomás Gage, autor del libro "New Survey of The West Indies", en que se dan los lineamientos de un plan para apoderarse de las Colonias españolas de América. En agosto de 1654, Cromwell organizó una poderosa expedición naval a las Indias Occidentales que puso bajo el mando de los Almirantes Penn y Venable. Con típico fanatismo de protestante declaraba Cromwell que el objeto de la invasión era "librar a los naturales de la dominación de España y de las crueldades de la Inquisición".

La flota de Cromwell se aprovisionó en Barbados, que era ya el punto de cita de los Bucaneros de Holanda, Inglaterra y Francia. El nombre de bucanero es equivalente de pirata y filibustero y se aplicaba a todos los sin patria de la guerra marítima por las presas. En los navíos de Cromwell iba en persona Tomás Gage, el cerebro de la arriesgada empresa y que era un dominico renegado. La primera posesión española atacada fué Santo Domingo, cuyo Gobernador Meneses Bracamonte, con unos cuantos centenares de soldados españoles, rechazó a toda la flota inglesa. Dolidos de su fracaso, Penn y Venable se dirigieron a Jamaica donde sólo había quinientos hombres capaces de tomar las armas. En la expedición inglesa iban seis mil combatientes, de suerte que les fué fácil apoderarse de la isla, lo que consumaron en mayo de 1655.

La derrota que Blake infligió a la armada española en Tenerife, en 1657, impidió la reconquista de Jamaica, que se quedó de colonia inglesa, con grave perjuicio de su porvenir como nación.

Por esta misma época los franceses ocuparon algunas posiciones en el Caribe, pero nadie logró poner un pie en el continente. La base de Jamaica, sin embargo, sirvió para dar impulso

a la piratería. El jefe más notorio de las depredaciones en tierra hispánica fué Henry Morgan. Lo apoyaba Modyflord, el Gobernador de Jamaica, que con él compartía el botín. Como Almirante de los Bucaneros, Morgan asaltó un suburbio de La Habana en 1668. En el mismo año tomó Puerto Bello, que fué saqueado. En seguida, con una flota de 8 navíos y 180 cañones y dos mil soldados, Morgan consumó un desembarco en el Istmo de Panamá, llegando hasta la ciudad del Pacífico del mismo nombre en 17 de enero de 1671. Después de combates sangrientos, la ciudad fué ocupada y saqueada y sujeta a un fuerte rescate. Regresó a Jamaica Morgan después de asolar a Panamá, y para disfrutar junto con el botín el título de nobleza que le confirió su gobierno. En Jamaica dejó Morgan, según dice Means en su notable libro "The Spanish Main", un buen número de hijos mulatos cuyos descendientes llenan el valle de Yalabs.

En 1697 y en leal combate los franceses capturaron a Cartagena, que fué devuelto a España por los tratados de paz respectivos.

Con anterioridad nosotros habíamos sufrido las incursiones de los piratas, pero la energía de los Virreyes de la buena época logró ahuyentarlos de nuestras costas. Notorio entre todos fué Hauwkins, el inventor de la trata de negros. En mil quinientos treinta y nueve el primer Hauwkins desembarcó su primer cargamento de esclavos en el Brasil; en 1567 un hijo de Hauwkins, acompañando a Drake, se metió a Veracruz y con pretexto de consumir reparaciones en sus navíos, se apoderó de la isla de Sacrificios. Llegaba a la sazón una escuadra española que conducía el Virrey Henríquez de Almanza. Apenas desembarcó el Virrey, ordenó que Drake fuese atacado; en seguida los navíos españoles lo pusieron en fuga, le quitaron el botín que cargaba, le hundieron siete barcos. Después de esto y para conmemorar como hombre su victoria, el gran Virrey mandó fortificar a Veracruz, la Isla del Carmen, Acapulco y San Blas. México se vió así libre de los piratas durante casi un siglo. El célebre Drake tuvo que retirarse de nuestras costas. Regresó a Inglaterra, obtuvo apoyo y capturó el galeón de Filipinas en 1578, pero ya no hubo quien soñara con desembarcos en tierras de México.



Contra la actitud gloriosa de Henríquez de Almanza con la conducta miserable observada por todo el mundo en 1683, cuando el ataque de Lorencillo a Veracruz. Se esperaba en el puerto la llegada de dos barcos procedentes de Caracas, cargados de cacao. Aprovechando esta circunstancia, Lorencillo se introdujo al puerto al atardecer y en la noche la población se entregó al sueño habitual. Al amanecer las calles del puerto estaban ocupadas por los piratas, que en la noche habían rendido la escasa guarnición de los fuertes. Echando abajo las puertas de las casas, Lorencillo, con sus ochocientos hombres, capturó a los vecinos principales; los llevó a todos a la plaza pública. Las casas, entre tanto, fueron saqueadas. Seleccionados los prisioneros, unos fueron conducidos a la cárcel, otros quedaron presos en las iglesias, hasta que pagaron rescates crecidos. Las principales mujeres fueron violadas. Tres días duraron dueños del puerto los piratas. Al cabo de ellos, empezaron a asomar fuerzas que lentamente venían de la capital. Asimismo, dos buques de guerra que con anticipación andaban dizque persiguiendo a los enemigos. Tranquilamente los de Lorencillo se retornaron a la Isla de Sacrificios para repartirse el botín y después se retiraron sin ser perseguidos. La marina española, comenta Bancroft, había perdido el don de prontitud. El funcionarismo, en efecto había vuelto ineficiente toda la maquinaria administrativa.

Pero hubo algo peor; se comenzó a perder el decoro. La ciudad de Veracruz que, indignada, debió fletar barcos de guerra para consumir la persecución, la destrucción de Lorencillo, hasta vengar el agravio o arruinarse y perecer, no hizo que todos sus hombres se lanzaran al mar en expedición punitiva; en vez de eso, decidió... celebrar festejos... Se hicieron fiestas porque los piratas se habían retirado... Hubo repiques de campanas y cohetes y quizás también la desvergüenza de algún baile con las deshonradas, pero nadie juró dedicar su vida a la venganza. Al contrario, sucedió algo todavía peor: cada año se celebraba con misas, repiques y festejos, el triunfo... de que Lorencillo se hubiese retirado satisfecho, cargado de rescates y relamiéndose con el recuerdo de las honras deshechas.

Esto es lo vergonzoso. Se había perdido la dignidad co-

lectiva y se aceptaba como victoria lo que era pública vergüenza. Y se iniciaba un hábito que ha deshonrado después a la República: la conmemoración de las derrotas más notorias. El culto a la derrota, el disimulo de la propia bellaquería y falsificar la gloria, he allí los vicios de la decadencia. Y también la corrupción que en seguida contamina aun a los que escriben la historia de estos períodos despreciables.

Después de las misas en honor de Lorencillo, era natural que no se tuviera empacho un siglo más tarde en colaborar con los ingleses descendientes de los piratas, para la destrucción del poderío español, con pretexto de la Independencia; en realidad, para que conquistasen el dominio de los mares de América los anglosajones, que con razón ven en los bucaneros, los predecesores del monroísmo.

### *INTOLERANCIA Y ESCLAVITUD*

Se ha escrito la historia de la Colonia fijando la atención en sus lacras y nunca en sus beneficios, como que casi todo lo que se escribió tenía por objeto reforzar la propaganda independiente. Y no pretendemos sostener que no hubo abusos, que no hubo crímenes. Lo que urge tener en cuenta es que estos abusos y estos crímenes no eran exclusivos de las Colonias de España. La situación era peor en las Colonias de los ingleses.

El famoso libre examen de los protestantes no engendrabla la concordia sino la persecución. En 1636, William Rogers, fundador de Providence, se quejaba del dogma sanguinario de la persecución que regía en Massachusetts. Con emigrados y perseguidos de Massachusetts se establecieron las colonias de Connecticut.

El pacto de los viajeros del Mayflower, dice Pereyra (Opus cit.) era un gobierno de individuos que se obligaban a vivir de un modo pacífico y ordenado bajo la autoridad civil que ellos mismos elegían... pero todo elemento indócil quedaba excluido y padecía el destierro, la cárcel, los azotes, la horca. Los cuáqueros, por su parte, inspiraban terror.

El Parlamento inglés los llamaba "gente perversa y peligrosa". Para que la Nueva Inglaterra adoptara un régimen de limi-

tada tolerancia fué preciso que el gobierno de Londres impusiese su autoridad. La tolerancia se extendía a las diferentes sectas protestantes, pero no a los católicos.

El régimen de propiedad era el de los fundos extensos, lo que dió lugar al empleo de esclavos negros. La línea de color fué siempre rigurosa, pero eso no impidió que hubiese también esclavos blancos. El primer envío en este orden fué un cargamento de cien niños pobres de Inglaterra hecho en 1619 y otro en 1620, a los cuales se les explotaba durante largo tiempo. En 1774 se publicaban anuncios de venta de lotes de cincuenta esclavos alemanes.

La pena pública sobrevivió a la declaración de los Derechos del Hombre, implícita en el acta de Independencia.

## LA INDEPENDENCIA



La independencia de los pueblos americanos es el resultado de la desintegración del Imperio español. Ninguna de las naciones de América había llegado a las condiciones de madurez que determinan la emancipación como proceso de crecimiento natural. Nuestra emancipación fué forzada por los enemigos del exterior. Ni estábamos preparados para ella ni la deseábamos. En México los diversos intentos de rebelión contra España, instigados todos por los agentes de Inglaterra y Estados Unidos, fracasaron de la manera más rotunda. Y cuando en mil ochocientos veintiuno, ya toda la América del Sur se había hecho independiente por la fuerza de las armas, a México no le quedó otro recurso que sumarse a la deserción general. Lo que se hizo mediante la conjuración que acaudillara Iturbide. Para simular que se trataba de una aspiración nacional, fué menester que se trajera como curiosidad, de las montañas del Sur, a uno de los primitivos insurgentes que ya todo el mundo había olvidado: Don Vicente Guerrero. Contra la buena organización y lealtad mexicanas, se habían estrellado las intrigas del imperialismo británico. Nuestros héroes de la Independencia, Hidalgo, Morelos, Rayón, estaban olvidados cuando Iturbide nos separó de España, de acuerdo con las autoridades españolas de México. Y el hecho de que hoy Hidalgo, Morelos, Rayón representen lo más querido y más puro de la epopeya nacional se debe más que todo, según ya se advierte leyendo la historia de Alamán, a la propaganda a la que no es ajeno el mismo elemento que nos forzó a la Independencia y nos ha seguido manejando unas veces por medio de la violencia franca, otras veces por el recurso más peligroso de la fabricación de mitos y la difusión de ideas contrarias a los verdaderos intereses de nuestra patria.

Es cierto también que España misma contribuyó a que nosotros no pudiésemos ni defenderla, ni defendernos. La traición comenzó en la Metrópoli, gobernada por Borbones que siempre han puesto en primera línea sus intereses personales y sólo después los de los pueblos por ellos gobernados.

El caos producido en España por la invasión napoleónica nos dejó sin cabeza. Y el despotismo, al no permitir que haya más de una cabeza, deja a las naciones y a las provincias desorientadas y desamparadas en las grandes crisis colectivas.

No se necesitaba mucha penetración para comprender que la Independencia, en las condiciones en que se produjo, cuando aún no concluía el largo duelo de ingleses y españoles, de latinos y anglosajones, tenía que dejar a México a merced de los Estados Unidos. A la América del Sur a merced de Inglaterra.

Los hombres de más clara visión de la Colonia y los más patriotas, como por ejemplo, el Obispo Abad y Queipo, dieron a México por perdido y con razón, desde que se vió que era inevitable su independencia.

Los ignorantes se lanzaron a la guerra de insurrección instigados, engañados por agentes del extranjero rival de España y ambicioso de conquistarnos para su propio beneficio. Desde el principio, la guerra se propuso destruir a los españoles que representaban la fuerza y la cultura del país. De igual modo que más tarde se desarrolló la lucha contra el criollo y hoy se libra contra el mestizo, todo a pretexto de libertar al indio; en realidad, para desenraizar la cultura española y reemplazarla con la nórdica.

Los dos pueblos más penetrados de la influencia española, México y el Perú, se resistieron a la independencia y la debieron a esfuerzos del exterior. Al Perú lo libertaron colombianos y argentinos. México se libertó cuando ya no podía menos que hacerlo. Si la emancipación hubiese sido el efecto saludable del desarrollo, es evidente que México y el Perú, los pueblos maduros, habrían sido centros de la guerra independiente y promotores de ella en el resto del continente.

Al contrario, vemos que la revolución triunfa en los pueblos menos bien integrados, más expuestos a los efectos de la penetración extranjera.

Durante el siglo dieciocho —observa Pereyra— la situación material y moral de los países hispanoamericanos mejoró constantemente, pero la Metrópoli bajó en la esfera internacional. Ahora bien: los medios de defensa de este enorme Imperio estaban en la Metrópoli y se usaban en la Metrópoli para fines ajenos a las Colonias. Esto explica que las Colonias quedaran desamparadas. A la vez su riqueza creciente era una tentación para los países dominadores. La oportunidad de la Independencia estaba en cierto modo indicada por la debilidad de la Metrópoli, pero lo que no se vió, o lo vieron muy pocos, es que una vez consumada la independencia no tendrían medios propios de defensa las nuevas nacionalidades. Y quedarían, como quedaron, a merced de sus enemigos naturales que eran los enemigos de España.

Sin saberlo, todos los promotores de la independencia hispanoamericana trabajaron para Inglaterra o trabajaron para los Estados Unidos. En México debe haberse comprendido el peligro, debe haberse sentido de un modo instintivo; por eso la masa del pueblo no simpatizó con el movimiento insurgente y los espíritus más claros se abstuvieron de apoyarla. En Venezuela, donde había menos consistencia nacional, los mejores hombres del país se lanzaron a la revolución.

Se ha hablado mucho de que el ejemplo de la Revolución norteamericana electrizó a los pueblos de América deseosos de emanciparse. No cabe duda que los diversos agentes de la propaganda inglesa aprovecharon este ejemplo para desintegrar el mundo hispánico, pero a poco que se examine el movimiento americano, se le encuentran diferencias fundamentales con lo nuestro. En los Estados Unidos nunca se dió al movimiento independiente el sentido de una guerra de castas. Para que Morelos, por ejemplo, fuese comparable a Washington, habría que suponer que Washington se hubiese puesto a reclutar negros y mulatos para matar ingleses. Al contrario, Washington se desentendió de negros y mulatos y reclutó ingleses de América, norteamericanos que no cometieron la locura de ponerse a matar a sus propios hermanos, tíos, parientes, sólo porque habían nacido en Inglaterra. Todo lo contrario, cada personaje de la revolución norteamericana tenía a orgullo su ascendencia inglesa y buscaba un



mejoramiento, un perfeccionamiento de lo inglés. Tal debió ser el sentido de nuestra propia emancipación, convertir a la Nueva España en una España mejor que la de la península, pero con su sangre, con nuestra sangre. Todo el desastre mexicano posterior se explica por la ciega, la criminal decisión que surge del seno de las chusmas de Hidalgo y se expresa en el grito suicida: mueran los gachupines. . .

Ni a Washington, ni a Hamilton, ni a Jefferson, a ninguno de los Padres de la Independencia yankee les pasó por la cabeza la idea absurda de que un piel roja debía ser el Presidente o de que los negros debían ocupar los puestos desempeñados por los ingleses. Lo que nosotros debimos hacer es declarar que todos los españoles residentes en México debían ser tratados como mexicanos.

La idea de que la independencia tendiera a restablecer los poderes del indígena, no fué idea de indígenas. La emancipación, ya se ha dicho hasta el cansancio, no la idearon ni la consumaron los indios. La idea de soliviantar a los indios aparece en los caudillos de la emancipación que no encontrando ambiente para sus planes entre las clases cultas, recurrieron al arbitrio peligroso de iniciar una guerra de castas, ya que no les era posible llevar adelante una guerra de emancipación. Y a este cargo no escapa ni Bolívar, que en Colombia lanzó a los negros contra los blancos a fin de reclutar ejércitos. A los del Norte, semejantes procedimientos les hubieran parecido desquiciadores y lo son.

Fué, pues, un crimen, el hecho de lanzar a los de abajo contra los de arriba, sin plan alguno de mejoramiento social, y tan sólo para tener soldados. En realidad, la idea de poner al indio al frente del movimiento insurreccional fué una idea inglesa. Uno de los que primero hablaron de confederar al continente hispánico bajo el cetro de un descendiente de los Incas, fué Miranda. Las ideas se las dieron a Miranda ya hechas sus amigos, los dos mayores enemigos de la obra española en América, o sea los franceses y los ingleses.

Si durante la guerra de Independencia de los Estados Unidos algún agitador hubiese hablado de que el país nuevo debía ser gobernado por los piel-rojas, seguramente lo fusilan los patriotas como traidor. Entre nosotros todavía halla sonrisas quien

habla de devolver el país a los indios. La propaganda inglesa bien sabía que los indios ni siquiera se darían por enterados; pero contaba con la ligereza, la vanidad, la estulticia de los criollos y los mestizos. Y aprovechaba ambos contra el español, porque destruido el español, estos países quedarían sin soporte étnico y divididos, por lo mismo, a merced de una nueva dominación.

Sin duda que un México gobernado por indios, convertido otra vez en azteca, se haría presa tan fácil como lo fué para Cortés.

Aun suponiendo que lo indígena mereciera la restauración, lo que es absurdo imaginar, es obvio que los pueblos no retroceden trescientos años. Mucho menos en el caso de México en que ya la raza misma, aparte de las costumbres y las ideas, se había transformado.

El desprecio de la propia casta es el peor de los vicios del carácter. Pero era él la consecuencia de la propaganda realizada por Inglaterra durante la guerra de Independencia. México era todavía, por entonces, el país más poblado de América. No había, pues, motivo para que se pusiese a regalar tierras cuando tantos de sus hijos carecían de patrimonio. Y contra el pretexto de la capacidad para el cultivo de los extranjeros sajones, pudieron abrir los ojos los seudoestadistas del partido América, los poinsetistas, para observar los cultivos de los indios de Xochimilco a un paso de la capital, ejemplo de la más perfecta explotación de hortalizas que haya en el mundo. Y procedía de ese feliz período de colaboración estrecha de indios y españoles que hasta hoy ha sido el único tipo fecundo de elaboración de riqueza en nuestro territorio.

Pero duró tanto el prejuicio de que sólo mediante la entrega al extranjero, el país se haría grande, que uno de los propósitos de las leyes de Juárez fué desposeer a la iglesia que era mexicana, para dar las tierras a sus aliados yankees. Y la política agraria de Díaz no fué otra: la de las concesiones sin medida a compañías extranjeras, norteamericanas, por supuesto. Y finalmente, y como epílogo, la actual revolución, que al desposeer, malbaratar, aniquilar al propietario mexicano, ha logrado ya que el cincuenta por ciento de la propiedad territorial esté en manos de norteamericanos.

Lejos de pensar en los pactos de la conquista, el pueblo de México simpatizaba con España en su lucha contra Inglaterra. Así lo probó el incidente de Buenos Aires.

La cosa grande y noble que Bustamante haya hecho en toda su vida de mediocre actividad prolija, es haber mandado levantar un monumento a los caídos en la defensa victoriosa de Buenos Aires contra los ingleses. No se limitó Bustamante al decreto del monumento sino que, inspirado por un patriotismo bien orientado y auténtico, se entusiasmó tanto con la trascendental victoria de los argentinos, que mandó acuñar una medalla para perpetuar la más gloriosa acción de armas del continente latino y el testimonio de la fidelidad del pueblo de México a la causa de España. Lamentable es que esa política no haya encontrado continuidad. Es evidente que colocados entre España e Inglaterra, entre España y los Estados Unidos, sólo un traidor de los más feos instintos, sólo un hijo de padre dudoso puede vacilar un instante; un deber más alto que el patriotismo, el llamado de la sangre, lealtad a la propia cultura y al idioma, que es forma del alma, obligan sin vacilación a estar en carne y hueso con España. Tal es el significado de la victoria argentina sobre los ingleses. Y por nuestra parte, celebrar esa victoria no era sino expresión obligada de nuestra lealtad a la causa grande que es la causa de la cultura a que se pertenece, y por encima de la causa pequeña y accesoria, que era la guerra de Independencia de España, una guerra que podía esperar o podía perderse, sin que la totalidad de nuestra vida colectiva padeciese, sin que uno solo de nuestros territorios corriese riesgo, sin que nuestro destino nacional padeciese merma.

La medalla de Bustamante decía: "Siempre Fieles.—Siempre Unidos.—1838.—" Y narra Alamán que en todo México hubo regocijo, cuando triunfaron los argentinos de los ingleses, cuando España se levantó contra los franceses. Y se hizo oferta de recursos y de voluntarios para la guerra al enemigo común que más tarde sugirió a Hidalgo, a Morelos, la guerra criminal, la matanza desleal, precisamente de los españoles, de nuestros padres, de nuestros hermanos. Y todavía andaban sueños aun por nuestras plazas y calles, los demagogos con elocuencia de mezcal criollo vociferando en favor de las abstracciones: libertad, igual-

dad, fraternidad, mientras los agentes de la doctrina Monroe movían los hilos de la política en favor de una nueva desigualdad de los mexicanos enfrente de los nuevos conquistadores anglosajones. La infame declaratoria de Monroe, infame de parte de los nuestros que la han alabado, según la cual se nos reemplaza, sin consultarnos, la soberanía del anglosajón por la soberanía del europeo peninsular.

### LA DOCTRINA PERVERSA

Que un pueblo en un momento dado de su desarrollo se separe de su nación matriz, es un derecho que nadie discute; que una sociedad cualquiera se rebele contra los abusos del despotismo, es un deber que todos recomendamos se cumpla; pero hay veces en que el modo, las razones y las oportunidades malogran, corrompen los mejores propósitos. La acción de nuestros enemigos naturales, los enemigos de los españoles, logró causarnos tanto daño porque se valió de los mismos que debieron advertir sus riesgos. Por ejemplo, el Padre Mier, que nos es presentado como el inspirador de los movimientos de la Independencia, desarrolló su propaganda en Londres, a sueldo siempre del Almirantazgo británico. ¿Acaso los compromisos que de esta suerte adquiriera lo llevaron a hacer suya una justificación de la Independencia, favorable al orgullo británico porque presentaba como libertadores a los que pocos años antes habíamos batido como piratas? Afirmaba, en efecto la doctrina inglesa, que México se separaba de España porque habían sido violados los pactos de la conquista. ¿Cuáles eran esos pactos? ¿A quién se le ocurrió que existieron, y, en caso de haber existido, cómo es que el fenómeno de la independencia latinoamericana alcanzaba mejor ímpetu en la Argentina, donde no hubo indios que pudieran celebrar tales pactos? ¿Por qué México, el país típicamente indio, era precisamente el que menos entusiasmo mostraba por la Independencia, según lo prueba el hecho de que nunca hubo en México campañas militares comparables a las de Bolívar, a las de San Martín? El padre Mier no parece haberse hecho esta pregunta; su visión era demasiado corta y su criterio no estaba libre; había dejado de ser súbdito de España para trasformarse en asalariado de los

enemigos de España. De otro modo hubiera visto que los Estados mayores ingleses, los voluntarios de Irlanda, los navíos tomaban el rumbo de la Argentina porque las bocas del Plata eran objeto de la codicia inglesa y no la meseta mexicana. Ya desde entonces el buen instinto imperial de los anglosajones se anticipaba a la división que más tarde se haría clara: las Antillas y México hasta Panamá eran ya zona de influencia de los Estados Unidos y sólo la América del Sur quedaba abierta a la dominación exclusiva de los británicos. Nada de esto sospechó Mier, y ni siquiera supo expresar los motivos decorosos de la independencia; la ambición de los mexicanos a regir a su propio país sin intervención de europeos ya fuesen españoles o ingleses, y peor si eran ingleses. Y no sólo no habló contra el peligro inglés, sino que propagó la tesis de los intervencionistas tradicionales, la hipótesis de las reivindicaciones indígenas que entonces se hacían valer contra el español y que después se esgrimieron contra el criollo y hoy se aprovechan para desposeer, para perseguir al que habla español sin exceptuar a los indios. Se habla, en efecto, de reivindicaciones indígenas como si a la llegada de Cortés los indígenas hubieran sido propietarios, como si la propiedad y el concepto cristiano de los derechos de la persona humana no hubiesen aparecido, precisamente con la conquista. Advierte con justicia Alamán que la patraña de los pactos de la Conquista es únicamente una imitación de los arreglos que Inglaterra sí celebró con los inmigrantes del "Mayflower". Como es natural, en dichos arreglos de ingleses con ingleses no intervinieron para nada los indios de Norteamérica. En todo caso, la analogía hubiera estado en que los descendientes de los conquistadores reclamasen al soberano de España. Pero lo cierto es que la independencia de Nueva España la promovían los criollos y los españoles de Nueva España, los mexicanos todos de la más reciente generación y no para recuperar derechos usurpados de ningún género. Al contrario, los descendientes de Moctezuma, así como los de otros muchos personajes de la época azteca, vivían en España en calidad de nobles y se oponían a la Independencia que les hacía perder sus títulos y sus ventajas. Los que promovían la independencia, observa con razón Alamán, no tenían otro derecho sobre el suelo de México que el derivado de la conquis-

ta. Tenían, además, podemos añadir nosotros, el derecho de todo el que nace en un territorio, derecho de intervenir en la forma de gobierno que ha de darse. Pero hablar de reivindicaciones indígenas en nombre de un nacionalismo que no existió jamás, es algo que no podía nacer de la entraña del pueblo mexicano, sino que le era inspirado desde afuera, como una ponzoña destinada a envenenar su futuro.

### LA LEALTAD MEXICANA

Al principio descorazona pensar en el papel poco airoso que México desempeña en el panorama general de la Independencia hispanoamericana. Ni figuras de renombre internacional y capacidad egregia como Miranda, el de Venezuela y Francia; ni guerreros de genio como Bolívar, ni grandes almas como Sucre, ni patriotismos excelsos y esclarecidos como el de San Martín, ni estadistas como Santander, ni héroes de visión clara a lo Morazán; nada de esto produjo la Independencia mexicana. Nuestras dos figuras principales de la época, Hidalgo y Morelos, son citados siempre por cortesía continental, a la zaga de los grandes libertadores sudamericanos. Y en verdad que no es posible compararlos con la brillante plana mayor venezolana, o con la generación de estadistas que en la misma época dió la Argentina. El Perú tampoco tiene héroes magnos en esta gesta y más bien su Independencia se la hacen, como a nosotros, desde afuera. Y, sin embargo, no se puede negar que México y el Perú eran los dos pueblos más adelantados de la América Española. Por eso mismo, pienso yo, la intriga inglesa pudo en ellos menos que en las demás naciones americanas. En México y en el Perú se pensaba en la independencia, pero a la vez se comprendía que no eran los años primeros del siglo el momento más oportuno para realizarla. Los patriotas auténticos de entonces ya habían visto la necesidad de aflojar los lazos que nos ligaban a España, pero eran leales o acaso pensaron, y con razón, que es parte de la soberanía y condición de una verdadera independencia, el *saber elegir el momento más conveniente para el pueblo que trata de independizarse*; por ejemplo, aquel en que el rompimiento con el país de origen puede provocar menos resentimiento. Y muy bien

observa Alamán y observaron todos los patriotas de México y del Perú, salvo los que estaban a sueldo del Almirantazgo británico, que "era poco generoso pretender apartarse de una nación con la que México estuvo ligado por tres siglos —una nación que había creado a México, podemos decir hoy—, negándole los auxilios que pedía en su mayor apuro y para sostener una guerra en la que estaba empeñada la independencia de la Metrópoli y se llevaba adelante con heroísmo". Lo que mejor nos reconcilia con el carácter mexicano es la lista de las remisiones cuantiosas que se enviaron a España en la primera década del siglo para ayudarla a combatir a Napoleón. El mismo Hidalgo, que era impulsado por fuerzas cuya intención no lograba él mismo abarcar, tuvo siempre esta preocupación de la lealtad dentro de las circunstancias, puesto que evocaba el nombre de Fernando Séptimo pensando, acaso, que una vez libertada España de la invasión francesa, la Independencia vendría, pero ya no como una exigencia subterránea de los agentes anglonorteamericanos, sino por virtud de un arreglo civilizado con el gobierno de la Metrópoli. A México no vinieron, como fueron a Colombia, con Bolívar, batallones ingleses y Estados Mayores extranjeros, sin duda porque el sentimiento español era más fuerte entre nosotros y el espíritu público se hubiera rebelado contra la intromisión ostensible de aquellos extranjeros. No vinieron batallones, pero sí llegaban los emisarios, los agitadores, los conspiradores. En este carácter estuvo el Padre Talamantes, peruano al servicio de los ingleses.

Repetía Talamantes la lección del Almirantazgo inglés; predicaba la guerra santa contra los españoles, y de este modo se propagaba, en vez del noble anhelo de la independencia, el bajo, rastrero encono que al hacernos aliados de Inglaterra en su lucha contra España, nos dejaba sin pasado a donde volver los ojos, sin relaciones con el resto de la civilización, y preparados para caer, como caímos, ciegamente, bajamente, en las redes de la política imperialista de los anglosajones.

La Independencia era un hecho americano que todos deseaban y que por lo menos reconocían todos como fatal. Pero en la manera de consumir esa independencia estaba todo el secreto del futuro. Una independencia lograda por nosotros mismos, sin

excursiones de yankees, como la de Mina, sin consejeros bastardos como los que desviaron a Hidalgo y a Morelos, se estaba ya logrando, se habría consumado sin necesidad de desgarrar a la patria con la discordia y el odio. Pero no era eso lo que querían los ingleses. Lo que ellos buscaban era echar fuera a los españoles de sus dominios de América, a efecto de dominar en seguida a los nativos como se dominan rebaños sin pastor. Para lograr este fin comenzó desde entonces la política perversa que busca desintegrar a un pueblo, privándolo primero de sus cabezas más ilustres, después de su aristocracia, más tarde de la clase media, hasta que el proletariado, después de una borrachera de poder en que se cree soliviantado a las cumbres, despierta un buen día para encontrarse con que sigue de paria, pero en condiciones más desesperadas y bajo el imperio de amos con quienes no lo ligan ni los lazos de la sangre ni los de la tradición, ni los de la simpatía. Esto que se ve evidente en el caso de los mexicanos de Texas es lo mismo que ha estado incubando en todo el continente, y todo por que la Independencia no tomó el giro patriótico de crecimiento natural que le estaban dando las Juntas Cívicas, sino que se desvió, por inicua presión extranjera, hacia el caudillismo ignorante y destructor de los Morelos y los Guerrero, cuyo programa en esencia no iba más allá de la exigencia de matar gachupines, la consigna natural de los ingleses.

En México la Independencia no libró batallas. Propiamente nunca ha habido en nuestro suelo batallas, sino sangrientas hecatombes de guerra civil. En vano buscará el lector de nuestra historia un equivalente de los grandes episodios bélicos que en el Sur son Chacabuco y Carabobo, Junín y Ayacucho. Por eso no posee propiamente nuestro ejército experiencia guerrera en qué fundar una tradición, y ha tenido que recurrir, como lo veremos en otro capítulo, al sistema peligroso de la exaltación de las derrotas. Pues son, en definitiva, derrotados todos nuestros caudillos de guerra extranjera. La ufanía del miliciano así maltratado por su propia historia, ha tenido que refugiarse en las glorias turbias de la lucha civil. Pero concretándonos al caso de la Independencia, es un hecho auspicioso que no se librasen grandes batallas, que no hubiese grandes ejércitos y que Calleja, como constantemente lo repetía con toda lealtad, estuviese haciendo la



guerra contra los caudillos de la independencia *exclusivamente con tropas mexicanas*. Y es que los mexicanos queríamos la independencia pero éramos leales. No queríamos una independencia en beneficio de los ingleses, sino en beneficio de nuestra patria. Por eso la nación, en sus sectores conscientes, no siguió a Hidalgo, no siguió a Morelos. Debe haber parecido a todo el mundo sospechoso ese afán de matar gachupines y esa insistencia de reclutar indios puros y negros de la costa de Guerrero, para echarlos sobre las poblaciones al saqueo, para destruir, que es lo único que logra el líder improvisado que no tiene plan ni visión.

Para darnos cuenta de la táctica de Hidalgo y de Morelos, táctica de los precursores del partido americano, táctica que producía amistades en los Estados Unidos y promesas de ayuda, como la que llevó a Hidalgo hacia el Norte, como la que movió a Morelos a disponer de Texas, imaginemos un caso parecido en otra nación. Suponed que los franceses que ayudaron a la independencia norteamericana, en vez de encontrarse con hombres superiores como Franklin, como Washington, como Hamilton, hombres que supieron aprovechar la ayuda extranjera, pero sin someterse a sus fines, volviéndola más bien hacia el propio servicio, hubiesen recurrido en los Estados Unidos a la población mulata, ignorante y degradada, y, por lo mismo, predispuesta a la traición. A estos mestizos de negro y blanco el agente francés, enemigo de todo lo inglés, les habría dicho y lo habría dicho con razón: Lleváis tres siglos de estar dominados por una aristocracia de cuáqueros hipócritas que presumen de justicieros y hélos aquí apoderados de todas las tierras, de todas las riquezas, manteniendo en esclavitud a millones y millones de negros. El grito de guerra ha de ser "mueran los británicos", y cada vez que ocupéis un poblado, haced fusilar a todos los súbditos de Inglaterra que logréis capturar. ¿Qué hubieran hecho los jefes de la Independencia norteamericana frente a una propaganda de esta índole? ¿Hubieran tardado no más de cinco minutos para mandar fusilar a los que hubiesen dado oídos a propaganda semejante! ¿Qué hubiera hecho el propio Washington si el capataz de los esclavos de sus fincas se lanza a la rebelión con el propósito de matar ingleses? En ese mismo instante, Washington, que era

bien nacido, se habría sentido inglés y hubiera procurado batir primero a los traidores de su sangre y después a los agentes del poder opresor que era Inglaterra. Pues eso mismo explica por qué tantos no siguieron a Hidalgo y a Morelos sino que los dejaron ajusticiar, sin perjuicio de seguir trabajando por la Independencia, sin perjuicio de consumir la independencia, pero ya no al grito caníbal de "mueran los gachupines", sino conforme a la causa de las tres garantías, causa noble por su programa, aunque hubiese sido infortunada la elección del sujeto que debía encabezarla, el tristemente célebre Iturbide.

Yo pregunto a los indios puros de mi país, y a mis compatriotas ya educados y despejados de la mente y el corazón: ¿Había o no había opresión, abuso, esclavitud secular de los negros en la región de América colonizada por los ingleses? Y, sin embargo, ¿qué hubiera pasado si los caudillos de la Independencia norteamericana, en vez de guerrear contra las tropas inglesas, convocan a los negros, los llaman y les dicen: "Ahora a matar británicos"? ¿Es verdad o no es verdad que los Estados Unidos se hubieran vuelto una cena de negros? En vez de eso, el país yankee se salvó porque sus jefes fueron desde el principio hombres de Universidad, militares de carrera, filósofos y estadistas que supieron plasmar los anhelos nacionales, en lugar de lanzarlos a lo desconocido, al abismo de la desintegración colectiva.

Acabamos de decir que otra habría sido la suerte de México si sus líderes nacionales de la época de la Independencia hubieran tenido la categoría cultural y humana de los Franklin, los Hamilton, los Adams. Uno o dos tuvimos en ese período, que pueden parangonarse con los mejores de cualquier país. El Obispo Abad y Queipo y el civil don Lucas Alamán. Un personaje de categoría constructiva se hubiera podido desarrollar tal vez con la figura del licenciado Verdad, Alcalde de México. Pero faltó inteligencia en la clase acomodada, en la clase ilustrada. Faltó también evidencia al elemento español de la Colonia. En vez de apoyar a las Juntas que procuraban la independencia pacífica y evolutiva, se pusieron a hostilizarlas, hicieron armas abiertamente contra los insurgentes, como lo hizo Yermo, el español enérgico que debió ponerse del lado de la nación nueva, pues tenía para ello energía y talento suficientes. En general, también la Iglesia Me-

xicana, en vez de seguir las sugerencias luminosas de un Abad y Queipo, se encerró en la más feroz intransigencia; y en vez de fiar en el pueblo que ella había educado y con cuyo amor contaba, se puso a resucitar la Inquisición y recurrió al arma gastada del anatema. Y como tantas veces ha ocurrido después, al convertirse en el estorbo de las tendencias renovadoras, la Iglesia se convirtió en el pretexto de los rencores, de los extremistas. Con su testarudez, con su incapacidad para ver más allá de la idea monárquica ya caduca, la Iglesia evitó que la independencia la hicieran los españoles y los criollos sin intervención de las Logias extranjeras; sin la dinamita de los odios de raza que los enemigos de nuestra nacionalidad sembraban.

Conviene insistir en estas verdades para entender lo que ha venido después.

El historiador no puede cambiar el curso de los acontecimientos, pero no por eso debe acatarlos servilmente. Ha de juzgarlos con varonil criterio, distinguiendo lo que es infortunado de lo que es honesto y glorioso. El mayor crimen de la historia es revestir de ropelos sucesos que han sido la causa del atraso, la decadencia de las naciones. Y esto es lo que nosotros hemos hecho con la leyenda de la Independencia; erigir en culto y religión lo que fué yerro funesto y comienzo de todas nuestras desventuras.

Vale más no tener ídolos que tenerlos falsos. Más cerca de Dios estuvieron los israelitas que no adoraron sino la Ley, que los egipcios adoradores de Faraones, Bueyes Sagrados y Momias.

La Independencia debió ser, repítese en todos los tonos. Sí; pero eso no justifica que, para hacerla, se aprovechara el momento favorable al extranjero, cuando la patria española estaba comprometida y cuando no teníamos los medios de defender, por lo menos, el patrimonio a cuya herencia aspirábamos. Nuestra Independencia debió venir como la del Brasil, mucho más tarde y cuando fuese un adelanto, una mejoría, un aumento de poder. Y cuando de esa independencia se hubiera derivado una federación de los pueblos de habla española, una especie de Common Wealth como el que hoy disfrutan las naciones de habla inglesa. No faltó en las Colonias de España quien viera claro en el caso. Y prueba de ello es que en México prevaleció mucho tiempo el

punto de vista de los leales. Fueron éstos todos aquellos que al contemplar a la España invadida, gritaban "Viva Fernando Séptimo", aunque no lo mereciese Fernando Séptimo, pero era España lo que aquel grito representaba. Leales fueron los que en las Cortes de Cádiz tuvieron el vislumbre de la federación iberoamericana. A todos los que así procedieron, todavía no se les hace justicia. A los otros les ha sido dedicada toda nuestra historia, a los que gritaban "mueran los gachupines" en respuesta de la señal que les hacían los agentes de Norteamérica y de Inglaterra.

Procuraremos examinar quiénes fueran éstos, así como los precursores del movimiento de Independencia.

### *LOS MOVIMIENTOS PRECURSORES DE LA INDEPENDENCIA*

Los verdaderos precursores de la Independencia hispanoamericana fueron los bucaneros de quienes hemos hablado en capítulo especial. Desde el principio, Inglaterra procuraba dominar el mar porque codiciaba los territorios de España en América. Pero, en realidad, la actividad de los corsarios había terminado en fracaso. Aparte la isla de Jamaica, nada importante produjo para Inglaterra. Ni siquiera el comercio español fué aniquilado. Ya a fines del siglo dieciocho el tráfico internacional se había regularizado. Y, además de Sevilla, traficaban libremente con América, Barcelona, Santander, la Coruña, Gijón, Cartagena, Málaga y Alicante. En los últimos años, el comercio libre se extendió a las colonias de otras potencias y a los países neutrales. (Véase Pereyra, Breve Historia de América.) No es cierto, pues, que existiese inquietud por el monopolio comercial español y éste fuese uno de los motivos de la guerra.

El verdadero motivo estaba en la ambición de Inglaterra. El Almirante Vernon y su compatriota Anson fracasaron en el plan de apoderarse de Panamá. Capturó Vernon la plaza de Portobello, pero se estrelló en Cartagena. Las fortificaciones de Cartagena en Colombia son todavía hoy motivo de asombro para el turista. Y la defensa de aquella plaza constituye una de las páginas más gloriosas del patriotismo hispanoamericano. Tan

poderosa era la escuadra de Vernon, tan seguro tenían el triunfo en Londres, que se había mandado troquelar la medalla de conmemoración de la toma del gran puerto del Caribe. El inglés se quedó, después del asalto, casi sin barcos, y tuvo que esconder las medallas. Decían éstas: "La Soberanía española humillada por el Almirante Vernon", y en el dibujo aparecía D. Blas de Leso, el defensor de la Plaza, arrodillado ante el Almirante inglés. Un busto, una estatua de Leso debería figurar en cada una de las escuelas navales del continente hispánico. Pero nuestro patriotismo está demasiado nublado para entender de justicias esplendorosas. En el asalto a La Habana también fracasaron los ingleses. La escuadra española comenzaba a rehacerse; ya no estábamos a merced de los Drake y los Lorencillos.

El ejército colonial comenzaba también a hacerse respetar. Cuando en el continente se producían desembarcos de marinos, esos marinos eran mexicanos, eran españoles, eran cubanos. No parecía, pues, fácil desgajar aquel bloque sólido de patriotismo y de cultura. Inglaterra recurrió entonces a la perfidia. Lo que no pudieron hacer sus marinos, sus soldados, lo lograrían sus agentes secretos sembrando la semilla de la discordia entre las poblaciones americanas.

Y empezaron los primeros brotes de rebelión y se multiplicaron las conjuraciones. Se ha dicho que las ideas de la Revolución francesa agitaron los ánimos en América y que ellas son responsables de la emancipación. Repetimos que la emancipación nada tiene que ver con la táctica desquiciadora que en todas partes se siguió. Independencia pudo hacerse como se había hecho en Estados Unidos, batiendo a los ejércitos españoles y creando nacionalidades que absorbieran a los españoles. Pero la táctica fué inversa; el comienzo de las sublevaciones dejó claro el propósito de destruir lo que España había logrado en tres siglos de esfuerzo glorioso. Desde el principio, anota Pereyra, el criollismo netamente español llevará la bandera del indianismo contra la Metrópoli; se llamará aztequismo en México, incaísmo en la América del Sur, mosquismo en la Nueva Granada, caribismo en Venezuela. Cada país encontrará en una remota glorificación precolombina, el punto de arranque de sus aspiraciones nacionales.

Pero todo esto era no sólo artificial y absurdo, era parte del programa británico que, junto con el salario, daba la lección a los precursores y a los actores de los grandes movimientos insurreccionales.

Una oscura rebelión de indios que tenía por objeto suprimir las mitas fué magnificada como para hacerla bandera continental. Ocurrió que el cacique rebelde Candorcanqui fué bautizado por los que habían vendido el alma a Inglaterra, con el nombre de Tupac Amaru, el nombre del inca ajusticiado por los españoles. Y se le presentaba como aspirante a Emperador de toda la América, cuando, dice bien Pereyra, su antepasado el verdadero Tupac Amaru nunca tuvo pretensiones de conquistar siquiera hasta Bogotá. Todo lo que hizo el nuevo Tupac antes de ser derrotado estrepitosamente, fué degollar hombres, mujeres y niños. En Calca acabó con todos los blancos. Lo que indica la tendencia de la insurrección. Y por lo que vuelve a surgir la pregunta: ¿Qué hubieran hecho los norteamericanos con una sublevación que a pretexto de la independencia nacional hubiese lanzado a los pieles rojas del Canadá contra los puestos avanzados de las trece colonias primitivas? Hubieran hecho lo que hizo Calleja cuando ya no hubo más grito de guerra ni más plan que matar gachupines: batirla hasta exterminarla.

A la par que las sublevaciones irresponsables, la propaganda inglesa minaba el espíritu americano. Circulaba la tesis del holandés Paw, antecesor de Darwin y de Spencer a este respecto; la tesis de la degeneración de las especies animales y vegetales en el Nuevo Mundo. La ciencia de la época se pronunciaba en favor de la tesis. El benedictino francés Dom, Pernetty, compañero de Bouganville en su expedición científica americana, y el italiano Carli en sus "Lettres Americaines", refutaron la tesis. Y fundándose en esta refutación, el chileno Juan Ignacio Molina y el mexicano don Francisco Javier Clavijero publicaron sus obras "Storia del Messico", que consumaban una rehabilitación. Los jesuitas, que habían sido dueños de la cultura americana, que eran mexicanos y españoles y habían sido expulsados de su patria por el rey extranjero Carlos Tercero, llevaban su querrela, observa Pereyra, hasta reivindicar las excelencias nativistas de una civilización precolombina, que en realidad sólo había existido en

la imaginación de los autores del nuevo mito. Pero el mito beneficiaba los planes de desintegración de los ingleses. Pues ocurre en estos períodos catastróficos de los pueblos, que las mismas fuerzas que debieran defenderlos, se tornan en arma inconsciente y en auxiliar de las fuerzas de la destrucción.

Es curioso que el autor del documento que según Pereyra puede llamarse el acta de la Independencia americana, sea un jesuita, D. Pablo Vizcardo y Guzmán, y que ese jesuita haya redactado su discurso en Londres al terminar el siglo dieciocho.

Un resumen de ese documento dice: Que el descubrimiento de una parte tan grande de la tierra es y será siempre para el género humano, el acontecimiento más memorable de sus anales... y para nosotros, que somos sus habitantes y para nuestros descendientes, es objeto de la más grande importancia. El Nuevo Mundo es nuestra patria... por ella debemos tomar el partido necesario a la conservación de nuestros derechos propios y de nuestros sucesores... Nuestra historia de tres siglos acá se puede reducir a estas cuatro palabras: ingratitude, injusticia, servidumbre y desolación... Habla de los derechos legítimos de los conquistadores y contiene quejas contra el comercio exclusivo que encarece los artículos... esto es lo que más preocupaba a los ingleses, y luego habla de ruina y desolación sin atender a que había entonces más organización y riqueza en el Mundo Nuevo de España que en las colonias inglesas del Nuevo Mundo.

Se queja también de que una marina poderosa está pronta a traernos todos los horrores de la destrucción. Y el lector que tenga dos dedos de entendimiento se sorprenderá y se horrorizará de saber que esa marina que horrorizará al patriota, no era la inglesa que llevaba dos siglos de estar quemándonos los puertos, sino la marina española que había puesto coto a las depredaciones del inglés. Pero, naturalmente, lo cegaba el antiespañolismo y, sin saberlo, se había hecho traidor en su corazón.

Los documentos que redactaban los ingleses no eran más eficaces para la consecución del propósito que serviría de base a la guerra: la difusión del odio entre criollos y españoles. Origen éste de la acción imperialista contemporánea que azuza el odio de los mestizos contra los criollos y de los indios contra los mestizos.

Más que francesas igualitarias y liberales, las ideas de los precursores de la Independencia eran tomadas del "Intelligence Service" del Almirantazgo inglés; nos eran fabricadas por los enemigos de España que codiciaban nuestros territorios. Eran ideas de desquiciamiento social, útiles para producir lo que pronto definiría el imperialismo norteamericano, más práctico y más franco que el inglés: el exterminio de las razas mezcladas inferiores que había producido España y la conquista de la tierra sin los hombres. "La jaula sin el pájaro". En otros términos, la táctica que los norteamericanos aplicaban en sus propios territorios: "a good indian is a dead indian". En nuestros países había que acabar primero con el español porque el español se había casado con la india, se había aliado con el indio y había llegado a formar el poderoso bloque mestizo. Atacándolas por la cabeza, destruyendo a sus aristocracias, es como mejor y más pronto se acaba con las razas enemigas. Por eso el grito de guerra, grito hipócrita y desleal, era de un extremo a otro del continente y aun allí donde no había indios que reivindicaran un solo derecho: "¡Arriba los indios, los Tupac Amaru de Opereta y... Mueran los gachupines...!"

Desde el principio, la acción revolucionaria se vió manchada con la traición. Antes de la expulsión de los jesuitas y cuando las nuevas disposiciones tributarias de Gálvez, dice Pereyra, crearon una peligrosa tensión de ánimo, salieron dos comisionados de Puebla para proponer un plan revolucionario a los ingleses, ofreciéndoles San Juan de Ulúa y Veracruz, juntamente como el monopolio mercantil. La petición fué rechazada por Inglaterra.

Poco después un tal Francisco de Mendiola llevó a Londres una carta en nombre de la ciudad y reino de México, quejándose de la opresión y ofreciendo tratado de comercio y amistad con Inglaterra. Peticiones semejantes se hicieron a nombre de la Nueva Granada.

¡Hay que ver en estos documentos —se pregunta Pereyra— una sola mano que ocultamente tramaba la intriga de la intervención británica? Y añade Pereyra: "En la penumbra reconocemos los perfiles de jesuitas y desterrados y agitadores famosos".



El principal de todos ellos fué Francisco de Miranda. Figura brillante. Había llegado a general de Francia en los ejércitos de la revolución. Tomó parte en la guerra de independencia de los Estados Unidos, y, sin duda, era uno de esos sinceros soldados de la libertad que veía en España el despotismo y no advertía que nada ganaban estos pueblos nuestros con cambiar de amo. ¿Suponía que era posible una emancipación como la de los Estados Unidos, que los dejó más fuertes? Lo cierto es que aparte de la expedición infortunada que consumó en Venezuela, es de reconocérsele su influjo sobre los futuros libertadores, especialmente sobre Antonio Nariño, de Colombia, sobre O'Higgins, el chileno, y sobre Simón Bolívar.

"Miranda, dice Pereyra, fué algo así como un diputado de todos los países que pretendía emancipar. Su entusiasmo, su elocuencia y su tenacidad acabaron por convertir al conquistador en apóstol".

Soñaba Miranda, como soñó al principio Bolívar, que con sólo establecer la libertad, todas las repúblicas de América vivirían en paz. No vió el peligro norteamericano, añadido al peligro inglés. Y si Bolívar lo vió, fué cuando ya en la decadencia y el destierro, le vino a su espíritu la lucidez del que ha fracasado en una empresa que juzgó noble.

También Miranda cayó en la infantilidad de querer dar el gobierno de un vasto Estado americano al descendiente del inca. Por lo que se ve de qué modo, aun los hombres de genio del movimiento, servían al plan anglosajón de eliminar lo español de los territorios cuya conquista preparaban. Y eso que Miranda no tenía una sola gota de sangre indígena. Era nada más un alma mediatizada por el influjo de los ingleses.

El 16 de enero de 1789, Miranda presentó a Pitt, el Ministro inglés, un plan de guerra a nombre de los diputados de México, Chile, Lima, Buenos Aires, Caracas, Santa Fe. Estos diputados se habían reunido en París y el 22 de diciembre de 1797 facultaban a Miranda para que abriese las negociaciones a fin de ajustar un tratado comercial además de una alianza entre las Colonias Españolas de América y la nación británica, como el que concluyeron Francia y las Colonias inglesas de América... No puede haber, decían, temores de un desconcierto entre anglo-

americanos y los hispanoamericanos, porque, decía Miranda, el Mississippi sería la frontera natural...

¡Desde luego, para crear esa frontera natural, hacían regalo a los Estados Unidos de la Florida y la Luisiana!

Todos comenzaban ofreciendo pedazos del territorio nacional.

¿En dónde está el criterio de todos estos hombres que veneramos como padres de la patria? ¿Se concibe a un Washington, a un Jefferson, ofreciendo pedazos del litoral Atlántico? Al contrario, ya desde entonces los Estados Unidos, a fuer de buenos ingleses, tenían los ojos echados no sólo sobre Florida y Texas, también sobre Cuba y Puerto Rico.

En la América española se había perdido el sentido imperial y se le había reemplazado por un provincialismo ramplón que sería el origen de todas nuestras mezquinas nacionalidades. Entre todos los latinos, sólo el Brasil conservaba la cabeza, se preparaba a beneficiar del desquiciamiento general. Y logró en su oportunidad aumentar su territorio mientras nosotros andábamos ofreciendo sus pedazos.

Si todo un Miranda, hombre de mundo, ilustrado, genial casi, ofrecía provincias, ¿qué tiene de extraño que Morelos, escaso de luces, hablase con naturalidad de ofrecer Texas a los Estados Unidos a cambio de unos cuantos rifles?

Naturalmente, el gobierno colonial colaboraba con el enemigo extranjero porque las medidas injustas de represión siempre producen el efecto contrario del que se busca. Si en España hubiera habido al frente del gobierno un estadista, la revolución se habría acabado en veinticuatro horas con sólo dejar libre el paso a todos los libros e impresos que las autoridades recogían como sediciosos; tan sólo con decretar y hacer cumplir las disposiciones sobre los derechos del hombre, cuyo texto sólo de una manera subrepticia circulaba. Ya se sabe que las revoluciones se evitan adelantando las reformas que ellas pregonan. Pero este procedimiento resultaba demasiado atrevido para las mentes paráliticas que dirigían la cosa pública.

Aprovechando que España estaba en guerra, y después del desastre de Trafalgar, Miranda se dirigió a los Estados Unidos. Pitt lo dejó salir de Inglaterra con ese objeto. ¿Fué tolerancia

o plan de grandes ramificaciones? —se pregunta Pereyra. Lo cierto es, responde, que a la vez que en Estados Unidos se preparaba la expedición de Miranda, Pohpam, comandante de un buque de guerra, después de una conferencia con Pitt, salió con destino al Africa del Sur a fin de preparar el golpe contra Buenos Aires.

Miranda, derrotado frente a Ocumare, con la protección abierta de la marina inglesa, desembarcó en la villa de Coro. Allí esperaba provocar un levantamiento general. El estandarte de Miranda, como adelantándose a dar excusas, decía: "No es conquista sino unión..." Unión con los norteamericanos... En el centro estaban los retratos de Washington y de Miranda y una alegoría en que Inglaterra, Diosa de los Mares, pone el pie sobre el león de España.

Consuela pensar que los habitantes de Venezuela volvieron la espalda al célebre aventurero.

Aarón Burr también, personaje norteamericano caído después en desgracia, preparaba una expedición que bajó por el Mississippi. Su objeto pregonado por Jefferson, era la conquista de la Nueva España. No se llevó adelante porque detrás estaba España. Cuando nos faltó España, ocurrió el desastre del 47.

### LA SITUACION EN ESPAÑA

Para convencerse de que la emancipación de las Colonias no fué el efecto de un desarrollo que conquista la autonomía, basta considerar el estado de cosas que prevalecía en la Península. Los Estados Unidos se separaron de Inglaterra por disputa de tributación y porque deliberadamente los mejores espíritus del nuevo país resolvieron que era llegada la hora de la autonomía. No incurrieron en el pecado de aprovechar las tribulaciones de la metrópoli.

Entre nosotros, la agitación por la Independencia, estimulada desde el exterior, se acrecentó con el pretexto de la situación de la Metrópoli. Contribuímos al desquiciamiento y era natural que poco después fuésemos también las víctimas de la desintegración del Imperio hispánico.

La Revolución francesa había echado abajo el trono de Francia. Y Napoleón se ocupaba de poner a sus parientes en los reinos tributarios y en las naciones vencidas. El Borbón mayor, el de Francia, había sido decapitado y era natural que el Borbón menor, el de España, perdiese, por lo menos el cetro. Pero los movimientos de Napoleón estaban subordinados a las exigencias de la campaña contra Inglaterra. Más bien dicho, Napoleón era el juguete de un orador que en Inglaterra disponía del futuro del mundo. Pitt venció a Napoleón mucho tiempo antes de que Wellington lo hiciera pedazos. En la guerra contra Napoleón, los ingleses aprovechaban a Portugal, país que habían deshecho robándole las colonias, sometiéndolo a su influencia, "portugalizándolo". La portugalización de España era el segundo punto del programa de Pitt. Mientras Napoleón se divertía poniendo reyes en nacioncillas de segundo orden, Pitt, con mirada imperial, preparaba para Inglaterra el dominio del mundo.

Portugal estaba ocupado por ejércitos ingleses y servía de base a la acción de Inglaterra contra Napoleón. Para restar a Inglaterra aquel punto de apoyo, Napoleón impuso a España la invasión de Portugal. Unidos españoles y franceses bajo el mando de Junott, en número de veinticinco mil hombres, invadieron a Portugal. Se trasladó entonces la Casa Real a Río de Janeiro.

Ocupado Portugal, los aliados franceses traicionan y pretenden imponerse en España, donde ya contaban con cien mil hombres. Carlos IV pensó imitar la conducta del Rey de Portugal trasladándose a la Nueva España, con lo que todo se habría salvado. La decisión no se consumó. En vez de partir, Carlos IV abdicó en favor de su hijo Fernando Séptimo, que resultó un infeliz. Escapó de España por miedo a Napoleón, y el pueblo, abandonado, inicia la guerra contra los franceses, que habían aumentado sus contingentes, a doscientos cincuenta mil hombres.

Al faltar la monarquía, el pueblo español vuelve a su tradición democrática y organiza, en medio de la guerra, diferentes Juntas de Gobierno.

La Junta Suprema, huyendo de Sevilla, se establece en Cádiz, en la isla de León, bajo la protección de la armada inglesa, y allí se crea el Consejo de Regencia.

### LAS CORTES DE CADIZ

Las Cortes de Cádiz se reunieron en 1812. Concurrieron a ellas representantes de todas las provincias del Imperio. México mandó delegados y lo mismo hicieron los países sudamericanos. De Cádiz debió salir constituida la federación de los pueblos de habla española. Desgraciadamente, no tenía el Congreso soberanía plena; estaban unos dominados por la influencia inglesa que quería el desmenuzamiento del Imperio, el sainete de las repúblicas, y otros por la influencia napoleónica, que habiendo derrotado a la república en Francia, quería para España una monarquía constitucional. Este plan era, con todo, el menos malo. Y a la postre, para llevarlo a cabo, fué preciso mandar traer a Fernando Séptimo, que juró la Constitución para en seguida romperla.

Promulgaron las Cortes una Constitución de tipo francés. En América, los teóricos de la libertad querían una constitución de tipo yankee.

Mientras los diputados discutían, Inglaterra conspiraba con Miranda, con Bolívar, con el Padre Mier, para precipitar la guerra de separación. Lo que Inglaterra quería era desmembrar a España.

Es curioso observar que los delegados de las futuras naciones americanas no hablaron de emanciparse. Eran los delegados, en su mayoría, hombres de primera que comprendían la necesidad de la unión imperial.

Otro enemigo tuvieron las Cortes y la Constitución de ellas emanada, el elemento reaccionario español. La palabra Constitución alarmaba a los clericales. Hubo empeño de ligar el absolutismo con la religión preparando así ciegameente el pretexto que pronto se utilizaría para combatir a la religión.

Pero las Cortes de Cádiz tuvieron el apoyo de las Juntas de patriotas que, en diversos sitios del continente, se organizaron

para decidir sobre la situación. Pues derrocado el monarca, quedaba el problema de la soberanía planteado. El elemento criollo insistía en que eran soberanos los Cabildos.

En México, el Ayuntamiento, representado por los regidores Azcárate y el licenciado Verdad, tomó el acuerdo patriótico presentado al Virrey Iturrigaray, de asumir la soberanía, a efecto de no ser presa de los franceses que dominaban en España, ni de los ingleses que intrigaban en el exterior.

Llegó por estos mismos días al Puerto de Veracruz una goleta francesa con órdenes del gobierno de Francia. El pueblo se amotinó y el Virrey, con gesto que simulaba un castellano de la vieja usanza, quemó la correspondencia francesa. Que su temple ya no era auténtico lo recuerda Alamán observando que, en secreto, Iturrigaray se reservó el nombramiento que le enviaba Marat, para el caso de que la dominación francesa se prolongase.

El hermoso episodio del Ayuntamiento de la Capital terminó de modo trágico. Al licenciado Verdad lo asesinaron. Al Inquisidor le habían disgustado ciertas palabras del memorial ilustre. Se hablaba en él de soberanía popular. El Inquisidor no aceptaba otra fuente de autoridad que el derecho divino de los reyes. La lección de la cobardía, la felonía de Fernando Séptimo, nada significaba. El Inquisidor necesitaba, en efecto, el ambiente del despotismo para seguir adelante con sus sacrificios aztecas.

Dios ciega a los que quiere perder. En vez de adelantarse al progreso, en vez de dominar, como dominaba de hecho, en las Cortes, en las Juntas, en los Cabildos, la Iglesia, en general, se puso a hostilizar a las Juntas, a las Cortes, a los Cabildos, las únicas fuentes de donde pudo salir un pueblo organizado. En vez de estos institutos civilizados, en su oportunidad los clérigos harían ensayos de fernandoseptimismo en México, inventarían Iturbides, se abrazarían al destino de los más perversos caudillos. Así les ha ido.

En España aumentaba el caos. Las Cortes de Cádiz fueron disueltas y no quedó en América otro arbitrio para crear gobierno que recurrir a las Juntas, los Cabildos, o entregarse al azar bárbaro de los levantamientos, los pronunciamientos.

En la Argentina triunfaron las Juntas.

Mariano Moreno, en su "Representación de los Hacendados" había explicado los motivos de la inquietud nacional. Un Cabildo abierto había salvado a Buenos Aires cuando la invasión inglesa después de la huída del Virrey. Los patriotas Saavedra y Belgrano convocaron a Cabildo Abierto "porque el pueblo quería reasumir sus derechos". El mismo Virrey tuvo que expedir la invitación; después de muchas deliberaciones el 25 de mayo se creó una Junta gubernamental Provisional del Río de la Plata.

El conflicto armado interno vino después, pero la Independencia quedó consumada en derecho.

El 20 de julio de 1810, la Nueva Granada también se declaró independiente, iniciándose con motivo de la declaración, una lucha interna prolongada.

En marzo de 1811 se declaró la Independencia de los Estados Unidos de Venezuela, por un Congreso en que estaban representadas Caracas, Barinas, Cutinas, Nueva Barcelona, Trujillo, etc.

El quince de septiembre de 1810, en México se produjo el levantamiento de Hidalgo. Nació nuestro país de un grito... de un golpe de fuerza, de una acción arbitraria, y no de una Junta, un Congreso, una discusión, un acuerdo de ciudadanos. Nació como imposición, y de imposición hemos seguido viviendo...

Pero lo que por el momento importa no olvidar es que nació nuestra Independencia como un episodio de un movimiento general que las circunstancias externas nos impusieron, y no como una decisión nacional madurada y libre.

### *LATINIDAD Y SAJONISMO*

El pueblo de Nueva España fué doblemente leal, leal a su madre patria en riesgo y leal a su porvenir como nación libre. Pero es curioso y da en qué pensar eso de que siempre hayamos sido afortunados en la defensa de nuestra soberanía, cuando se trata de los avances de Francia, otra nación latina. y, en cambio, siempre hemos fracasado de la manera más vergonzosa y rotunda cuando se trata de oponernos al avance anglosajón. ¿Qué relación hay entre estos resultados y la acción de los agentes de logias yankees que se hicieron consejeros de Hidalgo, de Morelos,

de Pancho Villa y de Carranza azuzándoles el odio a lo español y lo latino, convenciéndolos de la grandeza insuperable de todo lo que es sajón, preparándoles el ánimo, en fin, para la política pochá que es la que ha triunfado? Cuestión es ésta que señalo a la consideración de los eruditos de la historia nacional. Un siglo y más llevamos de estar averiguando el número de curas con sobrina de toda la época colonial, o descifrando el enigma arduo de averiguar si alguna vez tuvo Juárez una sola idea propia, pero nadie, que yo sepa, se ha puesto a indagar el tema interesante que señalo y que formulo de nuevo diciendo en forma todavía más concreta: ¿Por qué es que no hemos tenido un Morelos, un Zaragoza ni siquiera un Santa Anna, capaz de derrotar a ingleses o norteamericanos, y sí, en cambio, para derrotar expediciones de latinos hasta un Santa Anna resultó soldado? ¿Hasta qué punto ha influido en este resultado, la propaganda pérfida, desleal, de los poinsettes y las sociedades secretas que, en secreto, nos hacen odiar todo lo que es carne de nuestra carne y nos pone, en cambio, a soñar el sueño de "empachados" de que hubiera sido mejor que nos conquistaran los ingleses?

Inconscientemente, la nación mexicana, como las demás de América hispana, dejóse penetrar de una suerte de pavor sagrado y de sentido reverencial ante todo lo inglés y norteamericano en forma parecida a como los aztecas de hacía tres siglos se habían sentido impotentes para contener el avance de un puñado de españoles. Los españoles eran hijos invencibles, hijos del sol, y ahora los anglosajones nos resultan la raza elegida del ídolo ateo: el Progreso.

¿Hasta qué punto el tal progreso representa cultura superior a la nuestra? Les cabe a los indios la excusa de que cedieron ante una cultura infinitamente superior a la propia, pero nuestras gentes de la Independencia hacían el indio, la hacían de payos, hicieron el sueco, tomando a los suecos que suelen ser los nórdicos, por modelo acabado de civilización. Civilización era la nuestra que sólo requería algunos toques de libertad, como hace falta a toda cultura periódicamente. Y retroceso era caer en lo inglés, que por haber quedado tan distante de Roma, nunca fué de categoría cultural comparable a Castilla, semejante de Andalucía. Se necesitaba ser papanatas entonces para creer la doctrina



de traición que pregonaba la superioridad de lo inglés en territorios que ya tenían la fortuna de hallarse latinizados. Para hallar agentes capaces de emprender tan estúpida labor, se echó mano de personajes híbridos por la sangre, mezcla de indios y criollos, mulatos y zambos envanecidos, porque algún oficial de barco inglés, porque algún attaché de Legación yankee, les invitaba un whisky o les elogiaba un discurso. Y comenzó todo un período de intelectualismo hispanoamericano, período menguado que va de los albores de la Independencia a fines del siglo diecinueve y que en muchas naciones aun no termina, el período de los ayankados, americanizados de ayer, "pochos" de hoy, asalariados del Almirantazgo británico en los comienzos, constabularios y agentes de las compañías petroleras en los tiempos modernos. La misión de todas estas gentes ha sido minar el ánimo de los patriotas y preparar toda una raza para la esclavitud haciéndole creer que los amos nuevos representan, ya que no a Dios, puesto que la intelectualidad idiota, mediatizada, hace gala de despreciar lo divino, sí a la civilización, al progreso, al bienestar, la dicha.

Oportunamente examinaremos las fases de esta criminal propaganda, pero, por lo pronto, reflexiónese en los efectos que debió tener en los comienzos del siglo diecinueve. En los instantes en que nacíamos a la vida y, por lo mismo, nos hacía falta reconcentrar energías, se nos enseñó a despreciar lo que somos; en los momentos en que comienza la lucha verdadera, la lucha con Inglaterra que se come territorio por Belice, y con los Estados Unidos que avanza desde el Norte, unos teorizantes idiotas que fueron nuestros guías nos obligaron a reverenciar lo anglosajón que nos invadía, nos avasallaba, por mar y tierra.

Se nos despojó de todo sentimiento de raza, con la excusa pueril de que no había en el mundo sino lucha de imperios contra Repúblicas y de las monarquías de la Santa Alianza contra los amigos de la libertad, que se suponía eran ingleses y norteamericanos. Estos últimos, en cambio, bien sabían su doctrina que afirma que la sangre es más densa que el agua: "blood is thicker than water". Ostensiblemente, en nombre de la libertad y de hecho movidos por la creencia mística de la superioridad de su casta blanca pura, se repartían los anglosajones los restos de

los imperios de Portugal, de España y de Francia; se distribuían el mundo y a todos nosotros nos dejaban reducidos a la capacidad de coloniales sin casta, condición de la que no mereceríamos salir por haber renegado lo propio; por habernos sumado a los poderes del momento, que lo eran de nuestra aniquilación.

### *EL FRACASO DE LAS JUNTAS*

Las decisiones altamente patrióticas y leales del Ayuntamiento de México y del Virrey, hallaron oposición, no entre la masa de los mexicanos, que era fiel a España y ambicionaba únicamente un poco de libertad. La oposición formal a los designios de la Junta la ofreció la Iglesia católica mexicana por intermedio del Inquisidor. Parece que a su señoría el Inquisidor le molestaba una frase del lenguaje jurídico y humano del licenciado Verdad. Alegaba éste los derechos de la soberanía popular. El Inquisidor no aceptaba otra fuente de Soberanía que el derecho divino de los reyes. No sabía lo bastante de historia el Ilustrísimo Inquisidor para reflexionar en que los Reyes derivan su poderío de la fuerza que permitió a alguno de sus antepasados matar a todos los rivales y gobernar solo, o la derivan en los períodos más tranquilos de la historia, precisamente del voto de sus pares, de la elección que varios jefes hacen en favor de un jefe. Ahora bien: esa soberanía popular tan temida por ciertos eclesiásticos, no es otra cosa que el voto de los pares, entendiéndose por tales, no nada más los que han asesinado a algún semejante, es decir, los miembros de una nobleza estilo medioeval, sino también los hombres que no han asesinado a nadie, que no han despojado y son, a la vez, honestos y probos, firmes y despejados; esto es un ciudadano; algo que vale mucho más que un noble de nobleza guerrera y de sangre. La evidencia de que esta tesis de gobierno está más cerca de la doctrina cristiana, que el sistema feudal o el sistema tribal, es algo que entiende un niño, que reconoce toda persona con uso de razón; cualquiera menos un Inquisidor. El Inquisidor necesita el ambiente del despotismo. Y todavía recientemente; en el más vergonzoso período de la historia mexicana, durante el callismo, hubo clérigo encumbrado que sin reparar en el horror del tipo bajo y sanguinario, el tirano sin

escrúpulos, venal y al servicio del extranjero, admiraba en Calles la fuerza que ejercitaba sin misericordia y lo trataba como si sólo lamentase que no estuviese del lado de la Iglesia. Un Calles al servicio del culto, ¿no es eso lo que buscaban en el matón que fué Iturbide, en el sanguinario Santa Anna, en el asesino Victoriano Huerta? Es indispensable, entonces, señalar desde dónde empieza este error de la Iglesia mexicana, error de querer oponerse al futuro, de querer regresar al pasado. Desde que el Inquisidor se opuso al licenciado Verdad, se opuso al Virrey que preparaba la Independencia y se opuso a la tesis de la soberanía popular, quedó patente que la Iglesia no iba a ser un elemento útil en la transformación que inevitablemente se operaba, sino un estorbo para los patriotas al mismo tiempo que, por consecuencia indirecta, el mejor auxiliar del partido influenciado por el extranjero, que hallaría motivos para señalar a la Iglesia a la execración pública, en beneficio del protestante que aprovechaba nuestras equivocaciones. La estrechez del criterio oficial eclesiástico llevó desde el comienzo al país, a contrariar y desacreditar a los patriotas en beneficio inmediato de los extremistas y los descastados y los imbéciles que el extranjero aprovechaba. El odio ciego a las logias llevó al presbítero no renegado a tomar el partido de la reacción más absurda. Como cuando sostuvo que un pueblo subordinado no tiene derecho de ser convocado a Cortes, en los precisos momentos en que en España misma se sentía la necesidad de llamar a las Cortes a los americanos, para aumentarles la personalidad y hacer más fuerte el imperio español frente a la amenaza de sus enemigos los protestantes de Inglaterra. (Véase Alamán, pág. 198.)

El momento en que fatalmente, y gustase o no gustase a los señores Inquisidores de ambos mundos, el poder de los pueblos de España revertía a sus Juntas y a sus Cortes, volvía a las manos honradas de los ciudadanos, no era el oportuno para discutir cuestiones abstractas en todo caso, como el origen de la soberanía; si hubiera habido cabeza en el clero, hubiera sido el momento de abrazarse a la causa de las Cortes y de procurar dominar en ellas. Ya se entiende que para dominar en las Cortes hubieran tenido que sacudir los clérigos mucha telaraña escolástica, hubieran tenido que sacar adelante a sus hombres de primera

para saber hasta dónde convenía ceder y hasta dónde convenía refrenar. En lo político las Cortes estaban haciendo suyo el principio de la revolución francesa sobre las garantías del hombre. ¿Qué razón podía tener la religión para oponerse a que los habitantes de un reino estuvieran a merced de una orden de arresto de un monarca cualquiera? En la doctrina de la revolución no había nada básicamente contrario al credo de una Iglesia que en su propio régimen no aplica principios hereditarios para la sucesión del mando, sino precisamente principios democráticos electivos. En realidad, lo que producía la furia del clero contra las disposiciones y los actos de las Juntas, era la soberanía que éstas tienen que ejercitar forzosamente en materia de tributos y privilegios. La defensa del diezmo hizo más enemigos a la causa de la libertad entre los clérigos que todos los Reyes decapitados. La necesidad de libertar a la sociedad de sistemas que se habían convertido en tiránicos, como la posesión de los cementerios, los cargos sobre matrimonios, bautizos, etc., producía entre las masas un entusiasmo natural por el nuevo orden de cosas. Y si en la Iglesia de entonces hubiera habido estadistas, todo se habría arreglado dejando burlada la intriga extranjera que nos minaba. Con sólo que la Iglesia se hubiera adelantado a hacer renuncia de los diezmos, dejándoles carácter voluntario e invitando al gobierno a hacerse cargo de las Instituciones de beneficencia que ya no pudiese sostener a causa de la supresión de los diezmos, hubiera bastado para que a la postre hasta los diezmos se hubieran salvado. En vez de esta política que no llamaremos ni siquiera generosa porque hubiera sido simplemente astuta, ¿qué es lo que hacen los prelados, los voceros todos de la autoridad eclesiástica, sino ponerse en abierta y violenta pugna con los patriotas, defendiendo con rabia sistemas caducos?

Ninguna duda cabe que a la Iglesia de este período le hicieron falta ya que no santos que renunciaran por generosidad, por lo menos estadistas que, incorporándose a la corriente, hubieran acabado por dominarla. Es esto lo que han hecho los clérigos de los países protestantes; por eso han conservado su poder intacto hasta la fecha en que no puede todavía un Presidente de los Estados Unidos eximirse de asistir el domingo a los servicios de alguna de las sectas cristianas del país. Algo semejante pudo

hacer y debió hacer la Iglesia mexicana, adoptar el partido del pueblo y ponerse a tono con la época, en todo lo que no afectase al dogma desde luego, pero con despreocupación y valentía en todo lo que nada más afectase a los bienes. Duele que no se haya hecho así, porque desearíamos ver en nuestra patria una Iglesia católica romana fuerte, pero a base de que fuese también inteligente y pura. Mientras eso no ocurra, no sólo el espíritu de los mexicanos estará desamparado, ni siquiera habrá país mexicano. Y como en todas estas páginas nos ocupamos de examinar las causas de nuestro desastre colectivo, sin otra finalidad que remediarlas si todavía es posible, no deberá influir en nuestro ánimo ninguna simpatía, ningún partidatismo, ninguna inclinación ni conveniencia que nos eviten señalar el mal donde haya estado, en las filas del centro o de la derecha o de la izquierda.

Por lo pronto, la posición intransigente adoptada por la Iglesia en los comienzos del siglo diecinueve impidió que la Independencia la consumasen los españoles de México unidos por la sangre y el espíritu a los mexicanos, y al dejar sin amparo moral a los patriotas, al condenarlos, la Iglesia favoreció la acción de las logias que con curas desesperados como Mier y Morelos, y con católicos inconformes, iniciaron sus planes, produciendo, de paso, la Independencia, pero en forma de que el porvenir quedaba sujeto al arbitrio del extranjero.

El odio clerical a la Constitución, a todo género de Constituciones populares, es la causa primordial de la derrota del clero, porque ya no le quedó a los agentes enemigos otro trabajo que señalar los preceptos de las Constituciones nuevas que modificaban los privilegios del clero, para dar a entender que era la defensa de intereses mundanos lo que movía a los clérigos y no razones de conciencia. Por causa de no aceptar Constituciones en que se afectaban los bienes del clero, pero que comenzaban postulando la fe católica de los mexicanos, hemos acabado los creyentes por tener que sufrir Constituciones que dan la espalda a Dios mismo.

La intransigencia, al fin, provocó la guerra.

# LA GUERRA DE INDEPENDENCIA



Hay no sé qué ritmo trágico en la historia nacional que entristece al observador y que constantemente hace perder a los aptos en beneficio de los ineptos. Abortado el intento civilizado del Ayuntamiento presidido por el licenciado Verdad; convertido éste en víctima de una reacción estrecha y feroz, no es de extrañar que el próximo intento ya no tuviese los caracteres de una lucha civilizada, sino el tono agrio del motín.

Lo que no pudo lograr por la razón el licenciado Verdad, lo intentará Hidalgo por la fuerza. Fué aquella una alternativa dolcrosa que se repite en los días de Madero. Las reformas que no pudo hacer Madero por la razón, y que motivaron su sacrificio, las impondría por la fuerza Carranza, con resultados desastrosos. También Hidalgo no hizo sino desastres, pero ¿qué otra cosa se puede esperar de un pueblo tiranizado en que no es libre la discusión ni acata nadie los dictados de la opinión pública? No queda sino el recurso desesperado de motines y rebeliones que no conducen sino a la destrucción lenta y definitiva de lo que debiera ser poderosa nacionalidad.

El movimiento, al principio, no tuvo resonancia; las clases dirigentes no lo vieron con simpatía; era obra de provincianos oscuros. Hidalgo era ilustrado para cura de pueblo, pero no poseía dotes extraordinarias en ningún género de actividad. Al lado suyo tampoco hubo hombres de primera. Rayón era el más ilustrado de todos y el que algo hizo por darle ideología al movimiento. Hidalgo, por su parte carecía de programa. Y no teniéndolo se dejó llevar de los bajos instintos populares; los odios negativos fáciles dieron a la insurrección un giro que sin duda repugnaba al propio cura de Dolores. Mientras Hidalgo gritaba "Viva Fernando Séptimo y Viva la Virgen de Guadalupe", la representativa del sentimiento nacional, los jefes de chusma, in-